BOLSILIBROS BRUGUERA

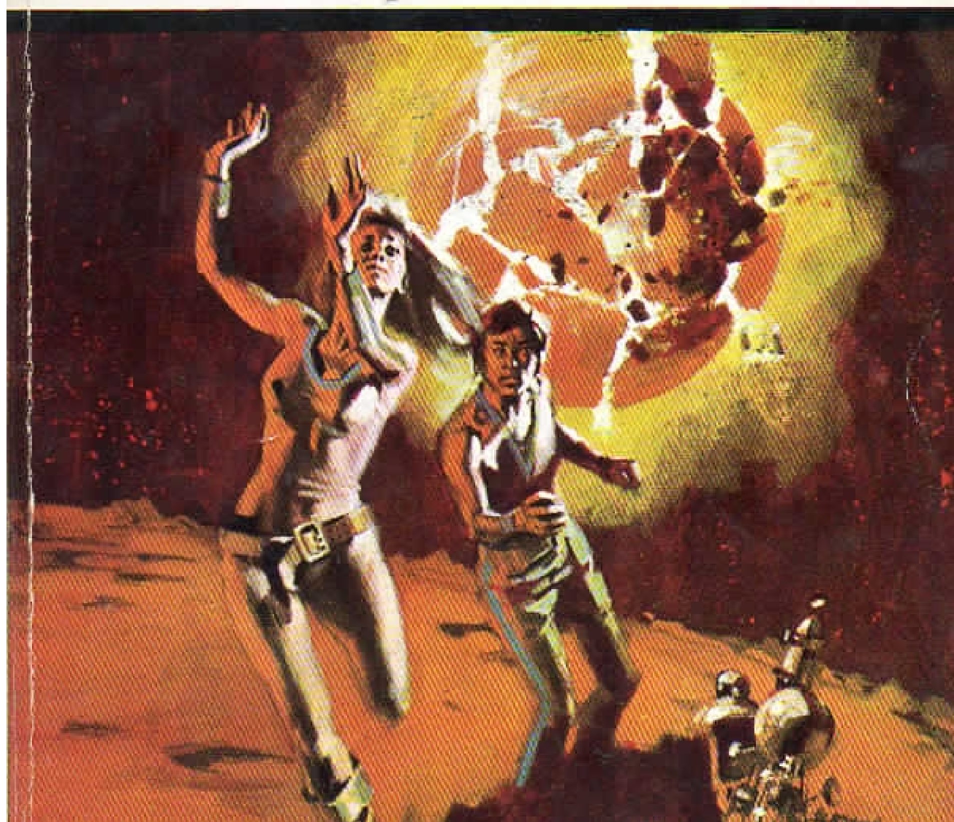
CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

FUEGO PARA UN PLANETA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



Glenn Parrish

FUEGO PARA UN PLANETA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 188
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

CAPITULO PRIMERO

El objeto que intentaban exhibir aquellos dos hombres no parecía despertar en demasía la curiosidad de las gentes, a juzgar por la total ausencia de clientela. El artefacto estaba suspendido en el vacío, por la acción de sus motores antigravitatorios, aunque se podía entrar en su interior, merced a una escalera de doce o quince peldaños, ésta sí apoyada en el suelo.

Junto a la escalera, había un gran rótulo que anunciaba las excelencias de lo que podrían ver los espectadores, si se decidían a visitar el aparato:

LA PRIMERA ASTRONAVE QUE VOLO A PLUTON

Visítela. Conserve un grato recuerdo de lo que es un monumento de la audacia humana.

Reproducción, en su interior y por cinta magnética audiovisual, de los momentos decisivos del primer viaje al 9. ° planeta.

Precio de la visita: $ 1,00.

Precio de la postal-souvenir: $ 0,40.

(Tres postales: $ 1,00.)

Alex Kartner bostezó. Estiró los brazos y miró a su consocio, que dormía apaciblemente, a la sombra que

proyectaba la nave espacial suspendida en el aire.

—Hugo —llamó.

Sonó un gruñido. Kartner, un metro noventa, ochenta y cuatro kilos bien distribuidos, músculos de acero, pelo oscuro y ojos grises, golpeó suavemente con el pie.

—Despierta, Hugo.

El durmiente volvió a gruñir. Era la antítesis de Kartner: estatura mediana, más bien bajo, y casi tan ancho como alto. Andaba próximo a los cuarenta años, pero tenía la fuerza de un toro.

—¿Por qué me despiertas? —se quejó Hugo Maine—. Estaba soñando con montañas de carne asada, mares de cerveza…

—Y toneladas de crema y helado de fresa —rió Kartner—. Baja a la Tierra y prepárate debidamente. Quiero hablar en serio contigo, Hugo.

Maine se sentó en el suelo, frotándose los ojos.

—Dispara, consocio —dijo.

—El negocio marcha mal, Hugo.

—Eso lo vería hasta el campeón mundial de la imbecilidad. Pero para decirme una cosa así, no merecía la pena que me hubieras despertado.

—Tenemos que hacer algo, Hugo. A nadie le interesa la primera nave que aterrizó en Plutón…

—Debiéramos decir la verdad —rió Maine—. El primer bote espacial de la primera nave que fue hasta allí. Claro que, bien mirado, un bote espacial, no deja de ser una astronave.

—Repito que este cacharro no le interesa a nadie. En los últimos tres días hemos tenido dos visitantes y hemos vendido una postal. ¿Sabes cuánto dinero hay ahora en caja?

—Dos cuarenta, Alex.

—Veinte centavos. Dos con veinte han sido gastados en comer.

—Vaya una perspectiva —se lamentó Maine.

—Creímos que situar aquí la nave, en un lugar de tanto paso, podía resultar un éxito, pero han trasladado las líneas de energía de la aerorruta y no hay quien se detenga aquí, ni

siquiera por equivocación. En vista de las circunstancias, presento una moción para vender este trasto al chatarrero. O no podremos cenar esta noche, Hugo.

—Fúnebre me lo pintas, compañero —dijo Maine.

—Hablo con la verdad. La táctica del avestruz no nos llenará el estómago, Hugo. Pero si tú tienes una idea mejor...

Los ojillos de Maine se iluminaron de pronto.

—Espera, Alex —exclamó—. Viene un cliente. Quizá le saquemos lo suficiente para la cena de esta noche y sostenernos así durante veinticuatro horas más.

Un aeromóvil de esbeltas líneas, pintado en blanco y oro, se dirigía directamente hacia la espacionave. Describió un cerrado círculo en torno a la misma y luego tomó tierra a veinte pasos de distancia.

Maine avanzó hacia el aparato.

—¡Pasen, señoras y caballeros, pasen y vean la primera astronave que se posó en la inhóspita superficie de Plutón! Vean el aparato donde hombres... de auda...cia... in...creí...ble...

De repente, Maine se había puesto a tartamudear. La hermosa mujer que acababa de desembarcar del aeromóvil le había privado de la facilidad de coordinar sus pensamientos y la lengua se le trababa de tal modo que, al fin, se le pegó al paladar y calló.

Era de mediana estatura y formas estatuarias, cubiertas por una especie de tejido de hilos de oro, entremezclados con puntitos brillantes, que no eran sino cuarzo de la máxima pureza, lo que formaba un conjunto indumentario de fascinante atractivo. El pelo era pajizo, casi blanco, muy bien peinado y sostenido con una sarta de perlas de al menos dos metros de largo. El hilo de perlas daba numerosas vueltas en torno al alto peinado de la mujer, en cuyo rostro se destacaban un par de ojos muy azules y dos labios rojos y sensuales.

Kartner conocía bien el tejido del traje femenino y sabía que cada centímetro cuadrado costaba una fortuna. Entretejer el oro y los cristales de cuarzo era una labor artesana de altísima cotización. Pero aún conocía mejor a la mujer.

—Hola, Alex —saludó ella, con la sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, Fanny Frankle? —contestó Kartner.

Era una respuesta meramente cortés, llena de frialdad, observó Maine con asombro al darse cuenta de que su consocio y la recién llegada se conocían ya.

* * *

—Te necesito —dijo Fanny.

—No —respondió Kartner.

—Diez mil mensuales y gastos, sin limitación en la nota correspondiente. Para tu amigo, siete mil y gastos cubiertos también, por supuesto,

Kartner se volvió hacia Maine.

—Tú verás, Hugo —dijo—. No te reprocharé si aceptas el contrato ni quiero que mi decisión te fuerce a otra análoga. Es una propuesta magnífica, pero yo no pienso aceptarla.

—¡Idiota! —gritó ella—. ¿Tienes ganas de morirte de hambre?

—Alex, ¿quién es esta prójima? —inquirió Maine, lleno de curiosidad—. Jamás me habías hablado de ella y parece que os conocéis muy bien.

—Fanny Frankle, directora y propietaria de la RUITE. Fanny, mi amigo Hugo Maine —presentó Kartner.

—Le conozco, aunque no sea personalmente —contestó ella con cierta sequedad—, Pero…

—Alex, ¿qué quieren decir las siglas que has mencionado hace un instante? —preguntó Maine.

—Red Universal de Investigaciones Terrestres y Espaciales.

—Oh, una agencia de detectives.

—Más o menos, Hugo.

—¡Sí! —exclamó ella, muy sulfurada—. La mejor agencia y también la que más cobra por sus servicios y la que mejor paga a sus empleados… Alex, condenado tonto, ¿dónde podrías encontrar un sueldo como el que yo te ofrezco?

—En muy pocos sitios, lo admito —convino el joven serenamente—. Pero mi respuesta sigue siendo negativa. Aunque tal vez mi amigo…

—Sin ti, esa bola de sebo no vale cinco centésimas —dijo Fanny, tajante.

—¡Señora! —protestó Maine.

—Vamos, Alex, contesta de una vez —pidió ella.

Kartner meneó la cabeza significativamente.

—La respuesta es no, hoy, mañana y dentro de un siglo, Fanny —dijo, muy serio.

Los labios de la mujer hicieron un fruncimiento de cólera.

—Tú te lo pierdes, imbécil —le apostrofó—. He tratado de darte una oportunidad, pero no lo repetiré jamás. Por mí, puedes pudrirte; no alargaré una mano para sacarte del estercolero en que te encontrarán dentro de muy poco.

Fanny giró sobre sus talones y se dirigió al aeromóvil. Instantes después, el vehículo partía como una exhalación.

—Vaya un lenguaje —exclamó Maine al quedarse solos—, Es hermosísima, pero habla como un astronauta con dificultades en los sistemas de propulsión.

—Fanny ha tenido siempre un genio muy vivo —murmuró Kartner con voz opaca.

Maine fijó la vista en su amigo. Por un instante, se sintió tentado de preguntarle acerca de las relaciones que, sin duda, habían existido entre él y Fanny Frankle en el pasado, pero se dijo que era una cosa muy personal, absolutamente íntima. Por tanto, no tenía derecho a formular ninguna pregunta al respecto.

—Pero tú debieras haber aceptado, Hugo —observó Kartner de repente—. Era una magnífica proposición.

—Ella me rechazó contundentemente —alegó Maine—. Además, tú no quisiste aceptar, lo que me dijo que su propuesta no era demasiado sincera. Prefiero pasar hambre…

Kartner no dijo nada. Parecía profundamente concentrado en sí mismo.

De pronto, musitó:

—¿Qué se trae Fanny entre manos? Cuando ofrece un sueldo semejante, es que le han encomendado algo de suma importancia.

Maine se encogió de hombros. Volvió a tumbarse en la

hierba y, para entretenerse, conectó el televisor portátil que había bajado de la nave.

Una voz surgió del aparato a los pocos instantes:

—¡Atención! Se hace saber a todo el mundo, que el coronel Juan Ribbon está organizando una unidad de mercenarios, en la cual, y hasta las dos mil setecientas plazas de que constará, se admitirá a todo el que lo solicite y se encuentre en las debidas condiciones físicas y mentales. Sueldo inicial: cincuenta UIM diarias, que se incrementará en un diez por ciento anual. Gastos de comida, alojamiento y uniforme, por cuenta del coronel. No se exige documentación. Use el nombre que le apetezca, nadie le preguntará por su pasado, con tal de que sepa manejar las armas modernas y jure ser bravo y fiel a sus jefes y a sus compañeros. También se admiten mujeres. La oficina de alistamiento está instalada en la cuadrícula 77-E-40-I, lado Sur, de la Segunda Subdivisión de la ciudad.

Maine apagó el televisor, apenas el locutor hubo terminado su aviso.

—Alex, ¿has oído esto? — preguntó.

—Sí, es una especie de legión del espacio —respondió el interpelado—. Conozco al coronel Ribbon; es un aventurero que se contrata con su regimiento de mercenarios, dondequiera que alguien necesita mil o dos mil soldados de «élite».

—Un tipo aventurero, en suma.

—Hace cientos de años, se les llamaba «condottieros», Hugo —dijo Kartner pensativamente—. Algunos de ellos llegaban a alcanzar altos puestos, incluso conseguían una corona de rey. Ribbon intenta resucitar una raza ya extinguida.

—Es probable, pero, ¿quién necesita de dos mil setecientos mercenarios? A cincuenta «pavos diarios» por cada uno, sin contar los demás gastos, debe de resultar un presupuesto elevadísimo...

Maine no pudo continuar.

—Deja de calcular y atiende a ese cliente que llega —le interrumpió Kartner bruscamente.

Un aeromóvil se acercaba al lugar. Rápido como una centella, a pesar de su corpulencia, Maine salió al encuentro del

recién llegado, esta vez un hombre.

—Acérquese, amigo, acérquese y por una sola unidad internacional de moneda, es decir, un «pavo», podrá ver…

El hombre no hizo caso de la frondosa palabrería de Maine. Con una pregunta, cortó en seco sus palabras:

—¿Quién de ustedes es el propietario de esta nave?

—Los dos —dijo Kartner—. Pero, ¿quién es usted?

—Ladsley, de la Compañía de Energía. Traigo una factura por suministro de energía a su cacharro. Importa trescientos veintisiete UIM y tengo orden de cobrarla ahora mismo o…

—Pero, ¿qué está diciendo, hombre? —barbotó Maine—. Nuestro aparato se sostiene sobre sí mismo…

—Ese cacharro se sostiene merced a la energía que le suministramos nosotros, ya que sus generadores están descargados —dijo Ladsley fríamente—, ¿Pagan?

—No tenemos dinero —respondió Kartner.

—Muy bien.

Lasdley dio media vuelta y se metió en su aeromóvil. Los dos amigos oyeron una frase contundente:

—Corta, Joe.

—¡Eh! —chilló Maine—. Usted no puede hacer eso…

La astronave cayó bruscamente a plomo. Falta de energía sustentadora, se apoyó sobre la hierba con gran estruendo.

—Lo siento, pero era mi deber —se excusó Ladsley—. Adiós.

—¡Espere! —gritó Maine.

Ladsley, ya en su aeromóvil, se volvió para mirarle. Mame tiró de uno de sus brazos y le sacó a viva fuerza. Luego, antes de que pudiera adivinar sus intenciones, lo agarró por los tobillos y lo mantuvo suspendido en el aire, mientras se dirigía hacia la escalera.

El hombre chillaba desaforadamente.

—Puede que cumpliese con su deber, pero me ha destrozado un televisor portátil y tiene que pagar —rugió Maine—. Ya estaba en lo alto de la escalera y Ladsley quedaba suspendido a casi seis metros del suelo—. ¿Paga o doy orden a mis manos de «cortar» la energía sustentadora?

—Pagaré, pagaré —chilló Ladsley.

—Son cincuenta unidades —dijo Maine, implacable.

Y más tarde, cuando el humillado Ladsley se hubo marchado, se volvió hacia su amigo y le guiñó un ojo:

—Creo que el chatarrero no nos habría pagado la mitad por ese inútil montón de hierro —dijo, satisfecho.

CAPITULO II

La cola de solicitantes que había en el cuartel de la unidad de mercenarios era muy larga. Había algunas mujeres, observó Kartner, con un periódico doblado entre las manos.

Tres oficiales examinaban las solicitudes. El que era aceptado, pasaba inmediatamente a reconocimiento médico. Si se le observaba el menor fallo o defecto físico, ira eliminado en el acto.

Delante de Kartner había una mujer, alta, bien formada, de cabello leonado. Kartner apenas había podido verle el rostro, pero se había dado cuenta de que era bastante guapa.

Se aburría. El trámite era muy lento.

Para entretenerse, desdobló el periódico. Sus ojos se fijaron en una noticia:

> Neryd, 10. — Según hemos podido averiguar, el derrocamiento de la reina Azurya es debido a discrepancias entre parte de sus consejeros y su gabinete asesor técnico, respecto a la contratación de un nuevo satélite energético...

Kartner siguió leyendo. A quién le importaba lo que pasaba en Neryd, el planetoide situado más allá de la órbita de Plutón y sobre el que los científicos y astrónomos no se habían puesto todavía de acuerdo, para calificarlo como el décimo planeta del sistema solar o como un mero satélite de Plutón. Pero estaba habitado, vivían allí seres humanos y se habían producido serios disturbios últimamente, con todos los visos de una guerra civil.

De pronto, se dio cuenta de que estaban llegando ya a la mesa donde se examinaban las solicitudes de alistamiento.

Le tocaba el turno a la mujer. El oficial que presidía el

tribunal preguntó:

—¿Nombre?

—Felicia Shull —contestó ella con voz bien timbrada.

—¿Edad?

—Veinticuatro.

—¿Profesión?

—Médico.

—¿Por qué quiere alistarse en la unidad del coronel Ribbon?

—Soy especialista en enfermedades extraterrestres. Además, he hecho un curso de traumatología…

—¡Aceptada! —tronó una voz de poderoso volumen—. Un médico de esa clase nos conviene mucho.

El coronel Ribbon acababa de aparecer repentinamente en la oficina de alistamiento. Era un hombre enorme, de ojos llameantes y cuya frondosa barba gris parecía hecha de hilos de acero. Vestía sencillamente, sin otro adorno en su traje de una sola pieza, que las tres estrellas de tres puntas, en azul, dentro de sendos círculos de oro, que eran las insignias de su cargo.

—Gracias, coronel —dijo Felicia llanamente.

—Se le otorga el grado de teniente, a fin de facilitar su labor. El sueldo será de ciento diez UIM diarios. Estará a las órdenes del capitán González, jefe de los servicios de Sanidad de mi regimiento.

—Sí, señor —contestó la joven.

—¡El siguiente! —llamó el oficial de reclutamiento.

Kartner avanzó un paso y dio su nombre.

—¿Profesión? —preguntó el oficial instantes después.

—Piloto de astronave.

—Aceptado —dijo Ribbon.

* * *

Entre los mercenarios, no había distinciones de ninguna clase. Todos vestían de la misma manera y usaban idéntico armamento, aunque las liberales reglas del coronel permitían que cada cual usara sus armas privadas, si lo estimaba

necesario.

Ahora, tras un duro período de adiestramiento de ocho semanas, el regimiento se hallaba formado en el enorme patio del cuartel, dividido en tres batallones reforzados, de a novecientos hombres cada uno. Al fondo, se divisaba un pequeño estrado.

El patio era enorme, un cuadrado de casi quinientos metros de lado. A derecha e izquierda se veían numerosos vehículos, aptos para todo terreno, incluso pequeñas astronaves auxiliares. Muchos de los vehículos eran blindados, armados con cañones que disparaban los más diversos proyectiles, desde los simplemente explosivos a los paranucleares.

Los entrenamientos habían sido durísimos. Más del diez por ciento de los reclutas habían abandonado, incapaces de resistir el esfuerzo. Otros les habían sustituido, ávidos de aventuras y del excelente sueldo que Ribbon pagaba a sus soldados.

—Me pregunto si lo que hace Ribbon es lícito —murmuró Maine, situado en la formación junto a su amigo.

—Cualquiera puede formar una unidad de mercenarios, siempre que sus actividades no se ejecuten en suelo terrestre —dijo Kartner. ,

—Lo que significa que hemos de abandonar el planeta. Con lo bien que se está aquí —suspiró Maine.

—No podemos hacer otra cosa. Estábamos en el fondo del pozo. Pero la culpa es mía, Hugo.

—No digas eso...

—Acepté aquel contrato, sin saber que se trataba de mercancías ilegales. La multa que nos impusieron era mucho mayor que el importe de nuestra nave y nos la confiscaron. Debiera haber actuado con más cuidado, pero el flete que ofrecían era tentador y caí de bruces en la trampa.

—¿Piensas que era una trampa, Alex?

—Se trata de una frase, pero el resultado fue idéntico al que habría dado una operación tendente a arruinarnos. Nos quedamos sin dinero... y aquí estamos, dispuestos a dejarnos el pellejo Dios sabe dónde —suspiró Kartner.

Maine hizo un gesto de asentimiento. Alistarse en el

Regimiento de mercenarios de Ribbon era la única salida para su situación.

De repente, Ribbon apareció en el estrado, seguido de su estado mayor.

—¡Hombres! —gritó con poderosa voz, que no necesitaba de micrófono para llegar a los últimos rincones del patio—. Durante ocho semanas, habéis estado sometidos a durísimos entrenamientos, que os han convertido en soldados excepcionales. Al menos, en teoría, porque pronto podréis demostrarlo en la práctica, haciendo honor a vuestra condición de pertenecientes a la mejor unidad de mercenarios que jamás ha existido en nuestro planeta.

»Es probable, mejor dicho, seguro, que correréis gravísimos riesgos. Afrontaréis peligros jamás soñados y os enfrentaréis con otros hombres igualmente dispuestos a matar y a morir. Si alguno pensó que el alistamiento le iba a proporcionar un viaje de placer y unas cuantas guardias de honor a algún personaje de categoría, estaba, está muy equivocado, y todavía tiene tiempo de romper el contrato. Pero debo deciros dos cosas muy importantes: vuestro contrato tiene una duración mínima de dos años, aunque puede terminar antes, si conseguimos finalizar con rapidez la campaña que vamos a emprender. Tanto en un caso como en otro, y aparte del salario convenido, cada soldado percibirá una prima de cincuenta mil UIM.

Un trueno de gritos de júbilo acogió las palabras de Ribbon. Cientos de brazos se elevaron a lo alto, expresando así la satisfacción que producía la noticia.

Ribbon sonrió. Hizo gestos para que volviese el silencio, y cuando lo hubo conseguido, prosiguió:

—Ahora, es preciso que sepáis también por qué vais a luchar. Muchos conoceréis las noticias llegadas de Neryd. Su legítimo jefe de Estado, la reina Azurya, ha solicitado nuestro concurso para volver al puesto que le ha sido arrebatado por unos conspiradores ambiciosos y sin escrúpulos. Esa banda de forajidos, disfrazados bajo la capa de patriotismo y desinterés, han despojado a la reina...

Un sordo zumbido se oyó en las alturas, interrumpiendo

bruscamente al coronel. Cientos de pares de ojos se alzaron al cielo.

El zumbido era intermitente, con oscilaciones de agudos y graves que, no obstante, aumentaban de volumen con gran rapidez. De súbito, Kartner identificó el sonido y se le pusieron los pelos de punta.

—¡Hugo, es una bomba-erizo! —exclamó.

* * *

Algunos conocieron también el sonido y abandonaron la formación sin orden de los oficiales. Kartner sabía lo que iba a ocurrir y corrió en busca de refugio, seguido inmediatamente de su amigo.

La bomba explotó a cien metros de altura, subdividiéndose en cientos de bombas de menor tamaño, las cuales, a su vez, también se dividían en otras bombas más pequeñas, de las dimensiones de un puño. Miles de pelotas de hierro, armadas de agudísimas puntas, giraban velozmente por todas partes, cortando cuellos y seccionando miembros, en medio de un estruendo y un griterío realmente horrorosos.

Las explosiones resonaban incesantemente. Los dos amigos pudieron ganar el refugio de un blindado, bajo el cual se escondieron. Las bombas pequeñas orbitaban velocísimamente, siguiendo rumbos erráticos e imprevisibles, siempre a una distancia del suelo que oscilaba entre los cincuenta centímetros y el metro y medio.

De repente, las bombas empezaron a explotar, después de que cientos de hombres yacían degollados o mutilados en el patio. Cada bomba despedía cien bolas de metal, de un centímetro de grueso, con tremenda potencia. Los proyectiles perforaban carne y huesos y causaban horribles heridas.

El griterío era horroroso. Se presenciaban escenas espeluznantes. El sistema de drenaje del patio apenas si era suficiente para evacuar los ríos de sangre que corrían por todas partes.

De pronto, algo metálico cayó junto a Kartner. El joven cogió aquel trozo de hierro, del tamaño de su mano, deformado

por la potencia de la explosión.

Era cóncavo. En la parte exterior tenía todavía dos afiladas cuchillas puntiagudas, de unos quince centímetros de diámetro. Pero la explosión no había conseguido borrar los caracteres grabados en relieve, en la cara exterior.

Kartner leyó la inscripción y frunció el ceño. Maine tocó su brazo de repente.

—Creo que ha pasado el peligro, compadre —dijo.

Kartner salió del escondite. Maine le siguió en el acto.

El espectáculo era horripilante. Kartner calculó que no menos de las dos terceras partes de los soldados habían muerto o estaban mutilados tan gravemente, que jamás volverían a ser útiles para ningún trabajo.

De pronto, oyó una voz:

—Eh, ustedes, vengan aquí. Es preciso que me ayuden a transportar los heridos al puesto de socorro.

Kartner se volvió. La doctora Shull, con la bata llena de sangre, estaba a unos pasos de distancia.

—Ve tú, Hugo —indicó—. Yo no puedo.

Y echó a andar, pero Felicia le cerró el paso.

—Soldado, le he dado una orden —dijo, severa.

—Lo siento, teniente. Tengo algo que hacer de mucha mayor urgencia y no puedo perder un segundo.

—¡Escuche...! —gritó la joven, pero Kartner seguía ya adelante y no hizo el menor caso de sus palabras.

—Déjele, doctora —intervino Maine—. Cuando mi amigo no obedece, es que algo de mucha importancia se lo impide.

Felicia le miró con curiosidad.

—¿Qué era? —preguntó.

—La pista para conocer al hijo de perra que ha realizado esta matanza —contestó Maine sombríamente—. Doctora, mándeme; estoy a sus órdenes —añadió.

—Sí, venga conmigo.

El coronel Ribbon estaba en medio de un grupo de oficiales supervivientes, tomando las disposiciones convenientes para superar la gravísima crisis surgida en tan pocos minutos. Kartner llegó junto al grupo y saludó rígidamente.

—Perdón, señores. El soldado Alexander Kartner, número A-073-F, desea hablar con el coronel, comandante del regimiento.

Los oficiales le miraron con curiosidad. Las espesas cejas de Ribbon se unieron hasta formar una línea negra en su frente.

—¿Qué es lo que quiere decirme, soldado? —preguntó.

—Con el debido respeto, señor; la conversación resultaría más interesante a solas —manifestó el joven.

Ribbon palmeó la culata de su pistola paranuclear.

—En estos momentos, la tengo cargada con proyectiles ordinarios —dijo—, Pero si intenta algo contra mí, considérese muerto, soldado.

—Entraré desarmado en su despacho, señor —dijo Kartner, a fin de expresar mejor la rectitud de sus intenciones.

CAPITULO III

Ribbon leyó la inscripción que había en el casco de metralla:

—Armamentos Technus... Conozco la fábrica, pero cualquiera puede comprar...

—Perdone que le contradiga, coronel —interrumpió Kartner—. Cualquiera puede comprar armas en la AT, pero no a todos se les venden bombas-erizo.

—Eso sí es cierto —reconoció Ribbon—, Sin embargo, pueden producirse excepciones.

—Por supuesto, señor. Y yo le rogaría me relevase de otro servicio, hasta que haya averiguado el nombre del comprador.

Ribbon miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

—Usted es Kartner. Nunca me importa el pasado de mis soldados, pero recuerdo perfectamente lo que le sucedió. No es muy frecuente que las Patrullas del Espacio decomisen una carga de «Energyl-10».

—El contrato de transporte mencionaba máquinas y herramientas. Creí en la buena fe del fletador de mi astronave, eso es todo, señor.

—Pero no le sirvió de nada ante el Juez Superior de Contrabando Espacial.

—En un caso como el mío, no habla defensa posible. Mi deber era haber inspeccionado la carga, pero, repito, creí en la palabra del que contrató mi nave.

—Todos estamos expuestos a errores semejantes. Y bien, soldado Kartner, ¿qué me propone usted?

—Conozco al cuarto subdirector de la AT. Es buen amigo. Quizá él pueda darme una pista, para llegar a identificar al autor de la matanza.

—No es mala idea. ¿Cree que podrá conseguirlo?

—Soy moderadamente optimista al respecto, señor —contestó el joven.

—De acuerdo, adelante —accedió Ribbon—. Queda relevado de todo servicio hasta que haya terminado la misión que ahora le asigno de un modo oficial.

Kartner se llevó la mano derecha a la sien.

—Gracias, señor —saludó al despedirse.

Y ya se disponía a salir, cuando Ribbon llamó su atención:

—Tengo que decirle dos cosas, Kartner. La primera es: ¿necesita dinero?

Kartner sonrió levemente.

—Sólo tengo encima diez unidades...

Ribbon abrió el cajón de su mesa, sacó un pequeño fajo de billetes y lo lanzó al aire.

—Soy duro para mis hombres; les exijo el máximo, pero también les apoyo a fondo —manifestó—. ¿Entiende lo que quiero decirle, soldado?

—Sí, señor.

—La segunda cosa que quería decirle es que acepté su alistamiento, porque tendré necesidad de un buen piloto de astronave y usted lo es.

—Gracias, coronel.

—Suerte, Alex —dijo Ribbon, con acento un poco más suave—. Me gustaría que volviese con el pellejo del que disparó la bomba.

—Por lo menos, le traeré su cabellera —sonrió el joven.

Salió del despacho. A los pocos pasos, se cruzó con Felicia.

—Soldado —llamó ella.

—Alex Kartner, doctora —saludó el joven.

—Gracias —dijo Felicia—, Su amigo me ha hablado de usted. Creo que me mostré un tanto dura hace unos minutos.

—En todo caso, el que debe disculparse soy yo, doctora. Y, perdone la osadía, pero cuando me sea posible, me gustaría tener un ratito de charla con usted. Le ruego no tome a mal mis intenciones; será una charla sobre temas profesionales, se lo aseguro.

Felicia le tendió la mano con gesto espontáneo.

—Cuando quiera, Alex —accedió.

* * *

Llamó a la puerta y no recibió respuesta, cosa que le extrañó considerablemente, porque su amigo Jim Battan era sumamente morigerado en sus costumbres y rara vez estaba fuera de la casa pasada las diez de la noche. Pero quizá en aquella ocasión se había visto forzado a salir por algún compromiso inevitable.

No obstante, decidió repetir la llamada. De pronto, se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó lentamente. La pistola que llevaba podía disparar proyectiles paranucleares, pero en aquellos momentos la carga era ordinaria. No obstante, la bala de dieciséis milímetros, a cien metros de distancia, era capaz de derribar fulminado a un elefante.

Un segundo más tarde, comprendía las razones del silencio de Battan. Le habían rebanado el cuello con algo que debía de cortar como una navaja de afeitar.

Inspiró con fuerza. El aspecto que presentaba su amigo, sentado todavía en un anticuado, pero cómodo sillón de orejeras, no tenía nada de agradable.

De repente, captó un detalle.

La sangre seguía saliendo de la horrible herida que seccionaba el cuello casi por completo. Pero el corazón latía aún, si bien muy débilmente, a juzgar por las oscilaciones del rojo líquido que brotaba de la yugular.

Por tanto, el asesino estaba todavía en la casa.

Se había retrasado, aunque involuntariamente, algunos segundos.

«Menos de treinta», se dijo mentalmente.

Y giró a su izquierda, en el momento en que un hombre surgía de las cortinas del otro lado de la estancia, armado con un cuchillo de enormes dimensiones.

El asesino fue menos rápido que la pistola de Kartner. La detonación apenas si hizo ruido, apagada por el silenciador especial de que estaba provista el arma.

El proyectil de 16 mm detuvo en seco la carrera del

asesino, abriéndole una enorme brecha en el tórax. Unos ojos miraron a Kartner con sorpresa y dolor.

Luego, un cuerpo humano se desplomó sobre la alfombra. La inmovilidad llegó muy pronto; el impacto de una bala semejante producía un *shock* tremendo.

Kartner se inclinó sobre el caído y le registró cuidadosamente. En una vieja y gastada agenda halló un número de videófono, junto al cual no había ningún nombre de persona, como sucedía con las restantes anotaciones.

—Puede ser una pista —murmuró.

Se acercó al videófono de su amigo y marcó una cifra. El granítico rostro de Ribbon apareció en la pantalla a los pocos instantes.

—¿Noticias, Alex?

—Malas, señor. Mi amigo, el que debía darme informaciones, ha sido asesinado. He llegado tarde por menos de treinta segundos, aunque he conseguido evitar que su asesino escapase.

—Hágale hablar, Alex; no importan los procedimientos.

—Lo siento, señor; me atacó y tuve que defenderme. Ha muerto, pero encontré en sus ropas una posible pista.

—Interesante. ¿De qué se trata?

—El número de un videófono. Usted tiene amistades. Consiga localizarlo, por favor.

—Lo conseguiré, descuide —respondió Ribbon.

* * *

El coronel había cumplido su palabra. Al anochecer, Kartner se hallaba a treinta kilómetros de la ciudad, contemplando con sus prismáticos, dotados de sistema de visión nocturna, la casa aislada a la que correspondía el número videofónico hallado al asesino de Battan.

El edificio tenía el aspecto corriente de una casa de recreo. Sin embargo, Kartner apreció en la parte posterior una construcción con la forma de un granero de notables dimensiones.

El granero podía parecer lógico a otro que no fuese

Kartner. No había tierras labradas en torno a la casa y, además, era desusadamente grande.

Una ventana se encendió de pronto en el edificio. Por medio de los prismáticos, ahora desactivado el sistema de infrarrojos, Kartner pudo ver a un hombre que se paseaba nerviosamente por la estancia.

—Está aguardando al asesino —adivinó.

Enfundó los prismáticos y se acercó a la casa. La muralla que la rodeaba era simplemente una mera demarcación de límites de la propiedad, pero no en modo alguno un obstáculo infranqueable.

Avanzó hacia el edificio. Cuando llegaba a la ventana, oyó el zumbido de llamada del videófono.

Alguien quería hablar con el ocupante del edificio. Kartner llegó un poco tarde, le pareció. Sólo oyó una frase del sujeto:

—Lo siento, todavía no tengo noticias. Llamaré apegas las tenga.

La comunicación se cortó. El hombre se sirvió una copa, todavía muy nervioso.

De pronto, cuando ya se disponía a tomar el primer trago, oyó una voz a su espalda:

—Espera en vano a un hombre que no vendrá —dijo Kartner—. Su esbirro mató a Jim Battan, pero yo he tenido el placer de enviarlo al infierno, como haré con usted a pocos motivos que me dé para ello.

CAPITULO IV

La copa resbaló de los dedos del sujeto y se estrelló contra el suelo. Giró lentamente y se encaró con el visitante inesperado.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó con voz trémula.

—Kartner. Ahora, dígame su nombre.

—Elding, Ross Elding.

—Muy bien, Elding. Siéntese en aquel butacón y ponga las manos sobre la cabeza. Si hace un solo gesto sospechoso, le haré un agujero en el estómago.

Elding obedeció, terriblemente pálido. Sin perderle de vista, Kartner se sirvió una copa.

—Está aguardando a un hombre al que ordenó matar a mi amigo Jim Battan. Pero ese hombre, ya se lo he dicho, no vendrá. Ahora bien, sospecho que usted no es sino un eslabón en cierta cadena, cuyo extremo principal quiero yo conocer. ¿Se da cuenta del significado de mis palabras?

Elding asintió:

—Sí, pero yo mismo no sé...

—Antes ha hablado con una persona. ¿Quién era?

Elding apretó los labios. Kartner comprendió que el tipo se negaba a hablar.

—Muy bien, levántese —ordenó.

Resignado, Elding obedeció. La pistola se apoyó en su nuca.

—Vamos al falso granero —dijo Kartner.

—¡No! —protestó Elding.

—Entonces, hable.

Hubo un instante de silencio. Kartner comprendió que el sujeto se negaba a hablar y le empujó sin ceremonias.

Por la puerta posterior, salieron fuera de la casa, Kartner obligó a su prisionero a abrir la puerta del granero.

Elding encendió también las luces. Kartner vio entonces dos

enormes cilindros, de unos quince metros de altura por tres y medio de diámetro, provistos en la base de unas aletas estabilizadoras.

A la derecha de la entrada había una mesa de control. Sobre ella, colgada de la pared, se veía un gran plano de la ciudad, en el que, con tinta roja, se había trazado un círculo en determinado punto.

El círculo señalaba el acuartelamiento del Regimiento Ribbon.

—Una buena prueba —sonrió Kartner—, Ross, ¿de veras no quiere hablar?

Elding meneó la cabeza negativamente. Instantes después, lanzaba un gruñido de dolor. Luego cayó al suele desvanecido.

Cuando despertó, minutos más tarde, se encontró en una crítica situación, a cinco metros del suelo y sujete por las muñecas a un pequeño gancho saliente de la estructura del cohete.

—¡Bájeme de aquí! —aulló, lleno de pánico.

Kartner se echó a reír.

—Está usted colgado de una bomba-erizo, propulsada por antigravedad —dijo tranquilamente—. He programado su trayectoria y el artefacto volará, a la mínima velocidad, hasta estallar en el mar, en un lugar donde no cause daños a nadie. Llegará vivo al final de la trayectoria, se lo aseguro, de este modo, sus tormentos durarán más, como es lógico, quizá, hasta quince minutos. Pero, por supuesto, usted puede evitarse ese viaje, soltando la lengua.

—No sé nada…

Kartner apretó una palanca. El techo del falso granero, compuesto de dos enormes hojas, empezó a abrirse.

El índice del joven se apoyó acto seguido en el botón rojo de disparo.

—Le daré diez segundos —dijo fríamente—. Puede que ser que no gane nada, pero, al menos, habré destruido dos bombas-erizo, porque después de haber lanzado la suya, dispararé también la otra.

Elding sudaba copiosamente.

—Yo no sé nada... Simplemente, tengo que llamar a un número...

—Es muy probable —admitió Kartner—, Deme ese número, Elding.

—EU-4410-FW.

—¿Algún nombre?

—Gómez, no sé nada más.

—¿Contraseña?

—Ninguna. Sólo mi nombre y el de Gómez.

—¿Con quién hablaba usted cuando llegué?

—Con Gómez, claro...

De repente, Elding lanzó un chillido:

—¡Ayúdame, Macomber!

Kartner empezó a volverse. Demasiado tarde comprendió que alguien se había acercado al cobertizo sin que se diera cuenta.

El intruso cargó ferozmente, enarbolando un pasado garrote. A fin de eludir el golpe, Kartner saltó a un lado.

El palo cayó sobre la mesa de control y golpeó el botón. Los mecanismos de propulsión de la bomba-erizo se pusieron en marcha inmediatamente.

Elding lanzó un alarido horripilante al notar el movimiento del artefacto:

—¡Paren el cohete! ¡Deténganlo!

Pero los dos contendientes no le oían. Fallado el primer ataque, el intruso tiró el garrote a un lado y trató de sacar su pistola.

Kartner hizo fuego primero. Disparó dos veces y dos chorros de sangre salieron por la espalda del atacante, cuando las balas le atravesaron el cuerpo de parte a parte.

Los gritos de Elding seguían sonando. Kartner se volvió y miró hacia arriba.

En aquellos momentos, la bomba-erizo, ascendiendo muy lentamente todavía, pero acelerando a cada segundo que transcurría, atravesaba el tejado. Elding, suspendido por las muñecas, perneaba frenéticamente, mientras lanzaba feroces chillidos.

De repente, los mecanismos funcionaron a plena potencia. Un segundo más tarde, la bomba-erizo se había perdido en la negrura de la noche.

Kartner meneó la cabeza.

—Lo siento por ese pobre diablo —murmuró.

Pero, bien mirado, había sido cómplice del asesinato de su amigo Jim Battan. Tampoco había que lamentarlo demasiado, se dijo, mientras presionaba el botón de disparo del segundo proyectil.

Abandonó el cobertizo ya vacío, en el que sólo quedaba un cadáver ensangrentado. Elding le había facilitado el nombre de un individuo y un número de videófono. Era preciso localizar a uno y otro.

* * *

Terminó de bañarse y el secador de aire caliente secó su cuerpo escultural. Fanny Frankle se puso entonces un traje muy corto de una sola pieza, sin espalda, en realidad más parecido a un traje de baño antiguo, y se dirigió a su vasto dormitorio, sentándose ante el tocador para arreglarse un poco el peinado.

Minutos más tarde, oyó tintineo de copas en la sala. Extrañada, pues creía hallarse sola en la casa, abandonó el cepillo para el pelo y se puso en pie.

Había un hombre en el salón, llenando dos copas. Fanny se quedó estupefacta al reconocerlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Kartner la miró sonriendo con expresión de buen rumor.

—¿No vienes a tomar una copa conmigo? —preguntó.

—Es demasiado temprano para beber —respondió ella secamente—. ¿Por dónde has entrado, Alex?

—Tengo cierta habilidad para entrar en las casas, sin permiso del dueño. Pero eso no es relevante ahora. Fanny, ¿te importa que charlemos de temas más importantes?

La mujer se le acercó sin abandonar su expresión hostil.

—¿De qué quieres que hablemos, Alex? —inquirió

Kartner contempló al trasluz el contenido de su copa,

—Hace algún tiempo, me encomendaron el transporte de unas cajas de herramientas y maquinaria, que luego resultaron estar repletas de cierta sustancia denominada «Energyl-10». La operación me salió muy cara, porque me confiscaron la nave y perdí la patente de vuelo astronómico. Pero, qué casualidad, el hombre que fletó mi nave fue a verme, empleando tu nombre como recomendación. A veces sospecho si no lo hiciste adrede, Fanny.

—Alex, ¿por qué habría de hacer yo una cosa semejante? —preguntó ella, con el pecho visiblemente agitado.

—No lo sé. Siempre quisiste tenerme a tu lado. Suelo pensar que me hiciste la jugada, como medio de atraerme a ti de nuevo. Si pensaste en ello calculaste mal, aunque, a decir verdad, no es asunto de importancia en estos momentos. ¿Has oído hablar de la matanza en cuartel del Regimiento Ribbon?

—Sí, pero, ¿qué tiene eso que ver...?

—Lanzaron una bomba-erizo. Estaba fabricada por la compañía de Armamentos Technus. Un tal Jim Battan buen amigo mío, era el ingeniero jefe encargado del control de armas de la empresa. Le rebanaron el pescuezo seguramente, para que no dijera quién se había llevado tres bombas de un modo digamos ilegal.

—Alex, yo no sé nada de eso —exclamó Fanny—. ¿Por qué me cuentas todas esas cosas?

—Yo estaba en el patio del acuartelamiento cuando estalló la bomba. Créeme, no fue nada agradable ver morir o quedar horriblemente heridos a más de dos mil hombres. Yo tuve la suerte de salir Ileso y pedí al coronel Ribbon permiso para investigar.

—¿Y...?

—Encontré el lugar de lanzamiento de las bombas. Había allí dos tipos, uno de los cuales me facilitó el número videofónico del despacho particular de Ravensley Lennox, tu segundo en el mando de la RUITE. Hubo un momento de silencio. Kartner y Fanny se contemplaban recíprocamente.

—No tengo nada que ver con las actividades privadas de

Lennox —dijo ella al fin.

—¿Puedo creerte, Fanny?

—¿Quieres que te lo jure?

El llamador sonó en aquel momento.

—Lennox acaba de llegar —sonrió Kartner.

—El no viene nunca a mi casa...

—Alguna vez tenía que ser la primera. Una buena amiga mía imitó tu voz y le ordenó acudir aquí. ¿Quieres abrirle?

Los ojos de Fanny despidieron fulgores de ira. Luego, de pronto, sin pronunciar una sola palabra, cruzó la sala y abrió la puerta.

Un hombre, alto, atlético, de unos treinta y ocho años, apareció en el umbral

—¿Cómo está usted, señora? —saludó cortésmente— Me dieron su recado y vine tan aprisa como me fue posible...

—Entre, Rav —dijo Fanny—. Quiero presentarle al señor Kartner.

—Soldado del Regimiento Ribbon —dijo el aludido— ¿Cómo está, señor Lennox?

Los ojos del recién llegado estudiaron con recelo el rostro de Kartner.

—Encantado —respondió secamente. Y se volvió hacia la mujer—. Señora...

—Kartner quiere decirle algo —manifestó Fanny. Y se apoyó con aire negligente en una especie de escritorio de muy antigua construcción, altamente decorativo.

—Muy bien, señor Kartner, le escucho —dijo Lennox

—Gracias. No seré muy extenso; de sobras me imagino que su tiempo es muy valioso —sonrió el joven— Solamente vine a participarle la muerte del tipo que mató a Jim Battan y la de Ross Welding y otro amigo suyo. Ah, también debe saber que las dos bombas-erizo que había en casa de Welding han sido disparadas contra un blanco inofensivo, «señor Gómez».

La cara de Lennox se puso blanca en el acto. De repente, metió la mano en el interior de la holgada blusa que formaba parte de su indumentaria.

Algo chasqueó en la estancia. Lennox se contorsione

horriblemente y rodó por el suelo.

—Lo siento, Alex; iba a matarte —dijo.

—No te pedí que me defendieras —sonrió él—. Pero de todas formas, muchas gracias.

—¡Quería matarte, Alex! —insistió ella—. Yo no podía consentir…

—Ya te he dado las gracias, hermosa. Y ahora, perdóname, pero tengo que marcharme.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? —gritó Fanny—. Tendré que avisar a la policía, tú debes atestiguar…

—Arréglate como puedas, no es la primera vez que te encuentras en una situación semejante —respondió Kartner fríamente—. Sólo te diré una cosa: prefiero creer que no has tenido participación alguna en este asunto, porque, de lo contrario, estarías ahora haciendo compañía a ese asqueroso traidor.

El cuerpo de Lennox ofrecía un horrible aspecto, sin destrozos externos, pero destruido totalmente en su interior, a consecuencia del disparo del proyectil vibrante.

—Adiós, Fanny —se despidió Kartner.

Salió en medio de un completo silencio. Ella no había recobrado todavía el habla.

CAPITULO V

—Mi amigo Battan fue asesinado para que no hablara. Posiblemente, fue forzado a dar su visto bueno para la salida de fábrica de unos proyectiles que sólo el Gobierno, o personas autorizadas por éste, pueden llevarse. Era un hombre recto e íntegro, aunque también un poco débil de carácter. En mi opinión, cedió a presiones ajenas, a las que no supo resistir.

—Podían haberle despedido —gruñó Ribbon, que había escuchado atentamente todo el relato del joven, sin despegar los labios más que en contadas ocasiones.

—La jugada se habría visto demasiado. Era preferible contar con su aquiescencia y luego eliminarle. Su muerte se hubiera achacado a un ladrón cualquiera, pero tuvieron mala suerte, porque nosotros reaccionamos rápidamente.

—También intervino el factor casualidad. Nadie podía suponer que hubiese alistado en mi regimiento un amigo íntimo de Battan.

—Es cierto, señor, y sólo por segundos no llegué a tiempo de salvarle la vida. Jim me hubiera facilitado datos muy valiosos, aunque, mientras venía hacia el cuartel he reflexionado a fondo y creo haber llegado a una conclusión importante.

—Expóngala, soldado —ordenó Ribbon.

—A mi juicio, sólo un hombre pudo presionar a Battan para que autorizase la entrega de las tres bombas- erizo: el propio presidente de la AT, Jan Kippus.

—¡Kippus! —resopló el coronel.

—Es un personaje de gran relieve. Yo no puedo meterme con él —respondió Kartner.

—Tiene usted razón y yo me ocuparé de este asunto. Pero, dígame, ¿cómo ha llegado a semejante conclusión?

—Kippus es también presidente de la principal fábrica de ese elemento que se paga a un valor diez veces superior al del

oro: «Energyl-10». Y si los sucesos de Neryd y el ataque a su regimiento no están relacionados estrechamente, es que, en lugar de cerebro, yo tengo un puñado de serrín.

Ribbon meneó la cabeza lentamente.

—No, no hay serrín debajo de sus cabellos, Kartner —dijo —. Está bien, gracias por todo; yo me ocuparé del resto de este asunto.

—Sí, señor.

Kartner saludó reglamentariamente y salió de la oficina del coronel. En el patio se encontró con su amigo Maine.

—Hola, agente secreto —sonrió Maine.

—¿Hay algún sitio donde tomarse una copa, Hugo?

—La cantina del cuartel, Alex.

—Bien, vamos allá. ¿Cómo han marchado las cosas aquí durante mi ausencia?

—Los muertos, al cementerio, y los heridos, al hospital. Los vivos, no sé, porque quedamos poco más de seiscientos.

—Un batallón corto, ¿eh?

—Sí, y aún no se sabe qué decisión tomará el coronel. Por lo visto, el asunto corre prisa en Neryd y necesitan gente; pero no se puede perder ya tanto tiempo. Serían necesarias diez semanas más, dos para selección de nuevos reclutas y ocho para entrenamiento. Lo que no sé es si el coronel dispone de esos dos meses y pico, ¿comprendes?

—Desde luego —respondió Kartner. Y, de pronto, se quedó inmóvil, con la vista fija en un punto determinado—. Lo siento, Hugo; la copa queda aplazada —dijo.

Echó a andar en otra dirección. Maine le vio acercarse a una esbelta mujer y sonrió maliciosamente.

—Esa doctora le ha chiflado —murmuró.

* * *

La mano de Kartner subió hasta su sien derecha.

—Teniente —dijo.

Felicia sonrió.

—¿Cómo está, soldado? —respondió amablemente— ¿Ha resultado fructífero su trabajo de investigación?

—Bastante, modestia aparte… ¿Me permite que la ayude?

Felicia llevaba en las manos un paquete de forma oblonga y de tamaño algo mayor que el de una caja de zapatos. Kartner, galante, le liberó del peso.

—Muchas gracias, soldado —sonrió ella.

—Mi nombre es Alex, teniente. ¿Debo llevar esto a su alojamiento?

Felicia estudió un momento el rostro del hombre que tenía frente a sí.

—Voy al laboratorio municipal —dijo—. Necesito un conductor para mi vehículo.

—Lo tiene delante, doctora —sonrió él.

—No se hable más. ¿Vamos?

El vehículo estaba cerca de la salida. Kartner lo hizo arrancar de modo que se deslizase a unos centímetros del suelo. Una vez fuera del cuartel, el aeromóvil se elevó raudamente, de acuerdo con las instrucciones que le daba la joven doctora.

Felicia sostenía la caja sobre sus rodillas. De pronto, exclamó:

—¿Conoce usted Neryd, Alex?

—He estado allí unas cuantas veces —respondió él.

—¿Le gusta?

—Los nerydianos han realizado una buena labor en su planeta. Hacer habitable un globo perdido en las profundidades del sistema solar no es cosa de poca monta.

—Por supuesto —concordó Felicia—. ¿Qué piensa usted de su reina?

—Es muy guapa, aunque menos que usted, doctora.

—Yo no le preguntaba por las cualidades físicas de Azurya, soldado —dijo ella, con acento de suave reproche.

—Según la ley, ella gobierna, aunque con facultades bastante recortadas. Parece que, en general, el pueblo está contento, aunque, como puede comprender, hace mucho tiempo que no he estado en Neryd y desconozco la evolución de la política nerydiana.

—Azurya ha sido depuesta.

—Quizá tengan razón los sublevados. En estas cosas, nunca

se sabe…

—¡No, no tiene razón! —exclamó Felicia con singular vehemencia. El contrato de suministro de «Energyl-10» está a punto de finalizar, y Azurya había pactado con un fabricante que le hacía un precio sumamente bajo, además de entregar un material de superior calidad al empleado hasta ahora. El procedimiento Wassperdyck no sólo es más económico en la obtención del «Energyl-10», sino que, además, la sustancia energética elaborada tiene un índice de pureza muy próximo al total que se obtendría hipotéticamente, si todo saliese como en las fórmulas. Concretamente, el índice de pureza del «Energyl-10» elaborado por Wassperdyck es de noventa y nueve, coma, novecientos noventa y nueve por ciento.

—Falta una milésima para la pureza total.

—Exacto. Y si tenemos en cuenta que el «E-10», de la Empresa Kippus marca solamente un índice de noventa y ocho, coma, doce por ciento, en el mejor de los casos, y que sus precios son un treinta por ciento más altos, comprenderemos muchas de las cosas que han ocurrido en Neryd.

—Es decir, la Kippus no quiere perder el suculento contrato que tiene con Neryd.

—Exactamente.

—Lo que significa que, si Azurya no vuelve al poder, Kippus se llevará el gato al agua.

—Usted lo ha dicho con toda claridad, Alex. Es más, la renovación del contrato debe firmarse dentro de seis semanas. Si Azurya no ha vuelto a su puesto para entonces, la Empresa Kippus triunfará, aunque ello signifique que las arcas del Tesoro de Neryd tendrán que pagar una enorme suma que, de otro modo, podrían ahorrarse, contratando el material suministrado por Wassperdyck.

—Sencillo y diáfano como el agua de un arroyo —murmuró Kartner—. Pero, ¿de dónde ha sacado usted tantos informes, doctora?

Felicia se sonrojó vivamente.

—Soy oficial del Regimiento Ribbon —contestó—. Lo he oído comentar, simplemente.

—Sí, ya entiendo. Ah, creo que llegamos al laboratorio, doctora.

El aeromóvil tomó tierra. Felicia se apeó, ágil y esbelta como una diosa. Kartner la contempló mientras caminaba hacia el edificio.

—Toda una mujer —musitó.

Pero no creyó en modo alguno que Felicia hubiese conseguido tantas informaciones sobre la situación en Neryd, solamente por haber oído comentarios de los oficiales de Ribbon.

Porque algunas de las cosas que le había confiado, estaba seguro de ello, ni el mismo Ribbon las conocía.

Felicia salió minutos más tarde.

—Listos —anunció, con encantadora sonrisa.

—¿Al cuartel?

—Si fuese usted oficial, le dejaría que me invitase a cenar. Pero los reglamentos son muy estrictos al respecto, no porque no puedan alternar un soldado y un oficial, sino porque el primero debe pernoctar reglamentariamente en el cuartel.

—Es una lástima, en efecto —sonrió Kartner—. Pero todo tiene arreglo en este mundo. —Metió la mano en el bolsillo de su chaquetilla corta de uniforme y extrajo un papel que entregó a la joven—. Lea, por favor, doctora.

Felicia desplegó el documento. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios a los pocos instantes.

—Ribbon le ha nombrado teniente —dijo.

—Pero me ha recomendado que, por ahora, no divulgue el ascenso. Además, pertenezco a su Servicio de Información. Por tanto, puedo entrar y salir del cuartel cuando me apetezca.

—Me está bien empleado —sonrió Felicia.

—¿Por qué? —se sorprendió él.

—Era una especie de «farol». Su mano era más alta que la mía.

Kartner soltó una carcajada.

—Antes de apostar, conviene cerciorarse de que las cartas que se tienen en la mano merecen la pena de lanzarse a fondo en la jugada —dijo.

* * *

Felicia había ido a su casa a cambiarse de ropa. Ahora, en lugar del severo uniforme, vestía un traje de gran escote, sin espalda y, aunque largo, con la falda abierta por la izquierda hasta la cadera. El pelo, leonado, había sido peinado con cierto negligente descuido, que confería aún mayor atractivo a la joven.

El lugar adonde habían ido a cenar estaba decorado de un modo deliberadamente anticuado. Incluso la música era de ciento cincuenta años antes.

En ciertas ocasiones, Kartner gustaba de aquella música. Ello le permitía bailar abrazado a la pareja, estrechamente unido a ella en aquellos momentos.

Kartner maniobró hábilmente. El local estaba rodeado por un frondoso parque, en el que abundaban las zonas oscuras, con suelo de mullido césped.

Felicia advirtió la maniobra.

—Nos vamos a perder —musitó, con la cabeza apoyada en el hombro de su pareja.

—Eso es, precisamente, lo que busco —contestó él.

—El amor y la guerra, ¿no?

—Dos combinaciones maravillosas, Felicia.

—¿Crees la guerra maravillosa?

—En el sentido de haberte conocido, sí.

—Pero el amor…

—Estallo de amor por ti.

—Mientes, pero me gustas. Sigue, ¿qué más?

Kartner decidió lanzarse a fondo.

—Tú eres nerydiana —dijo.

Ella se detuvo en el acto y le miró fijamente, ahora un tanto separada de Kartner.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

—Tu pregunta me indica que he dado en el blanco,

Felicia lanzó un hondo suspiro.

—Sólo lo saben dos personas: tú y el coronel.

—No temas, no lo repetiré a nadie. Pero te diré una cosa.

—¿Sí, Alex?

—A mí no me importa en absoluto que seas nerydiana.

Ella sonrió hechiceramente en la oscuridad.

—Yo te diré también algo muy parecido: no me importa que seas terrestre —contestó.

Kartner tiró de su mano.

—Ven —dijo.

Felicia le siguió sin protestar. Pero no ocurrió nada de lo que esperaba.

Kartner la hizo colocarse junto a un árbol cuyo tronco medía casi un metro de grosor.

—Aquí estaremos mejor, querida —dijo.

Y, de repente, dio la vuelta al tronco y disparó su puño derecho.

El puño encontró una mandíbula. El propietario de la mandíbula cayó al suelo.

CAPITULO VI

Felicia oyó el ruido de brevísima pelea y lanzó un grito ahogado. Dio la vuelta al tronco y vio que el hombre caído en el suelo alzaba la mano derecha, en la que brillaba un objeto de metal.

Kartner hizo un movimiento velocísimo con el brazo. Algo salió disparado del interior de la manga. Felicia percibió un centelleo, que duró apenas una centésima de segundo. Luego oyó el leve sonido de un acero clavándose en la carne y sintió un estremecimiento de horror.

El caído se retorció unos momentos en el suelo. Kartner se arrodilló a su lado y le formuló una pregunta:

—¿Quién?

—Vi...tru...bius... —contestó el sujeto, apenas un segundo antes de quedarse completamente inmóvil.

—Vitrubius —repitió Kartner, desconcertado.

—¿Le conoces? —preguntó Felicia.

—Me suena. Pero ya buscaré más detalles de ese tipo. Ahora deberíamos marcharnos.

—Hay un muerto...

—Nadie nos ha visto, Felicia.

Ella asintió. Minutos más tarde, abandonaban el local.

—Me gustaría ser una mujer antigua. En ocasiones como ésta, se tranquilizaban con un cigarrillo —dijo Felicia, cuando el aeromóvil hubo levantado el vuelo.

—Trata de olvidarlo. Ese tipo iba a por ti, seguro, pero ya está muerto.

—¿Cómo lo viste? Yo no me di cuenta de nada, Alex.

—El tronco del árbol destacaba con cierta claridad. Era más grueso hasta casi dos metros del suelo. Ese grosor inusitado sólo se debía a que había un hombre apostado allí.

—¿Para asesinarme?

—Iba a emplear una pistola vibrante.

Felicia se estremeció.

—Todo mi cuerpo hubiera quedado deshecho por dentro —dijo.

—Si —corroboró él escuetamente.

—Pero, ¿por qué a mí, Alex?

—El coronel, tú... y un par de altos funcionarios de la Legación de Neryd en la Tierra.

—Alguno de esos individuos es partidario de los sublevados. Lo que me hace suponer que eres persona de relieve en Neryd. ¿Me equivoco?

—Aciertas —dijo Felicia—. Soy prima de la reina Azurya.

* * *

Al día siguiente, un lujoso aeromóvil, pintado en oro, negro y rojo, se detuvo ante la puerta del cuartel.

Tres hombres descendieron del vehículo. El oficial de guardia salió a recibirles.

—Anúncieme a su jefe —dijo el que parecía mandar—. Soy el general Vitrubius.

—Sí, general, al momento.

Un minuto después, Ribbon salió de su despacho.

—General —saludó fríamente.

Vitrubius era tan alto o más que Ribbon, pero le pasaba no solamente quince kilos, sino también veinte años. La edad pesaba ya a Vitrubius, a pesar de su aspecto arrogante y altanero, mientras que Ribbon aparecía en la plenitud de una madurez física y mental realmente envidiable.

—Coronel, estimo una descortesía que no me haga pasar a su despacho —dijo Vitrubius altaneramente.

—Estamos bien aquí, general —respondió Ribbon, sin abandonar su expresión fría y circunspecta.

—De acuerdo, puesto que lo desea así... Solamente he venido a decirle una cosa, coronel: Rescinda el contrato con Azurya. No le conviene seguir adelante.

—¿Cómo? —exclamó Ribbon, atónito.

—Mi brigada ha sido contratada por el nuevo Gobierno de Neryd —declaró Vitrubius—. Son seis mil hombres espléndidamente equipados y que, además, tendrán la

consideración de soldados del ejército nerydiano. Si usted va a Neryd, sus mercenarios serán considerados como forajidos y ejecutados sin piedad allá donde sean apresados.

Ribbon bramaba de cólera. Antes de que pudiera decir nada, Vitrubius se volvió hacia el patio, que hormigueaba de soldados.

—¡Hombres! —tronó—. Soy el general Vitrubius. A partir de las doce del mediodía, mi oficina de alistamientos estará abierta para todo el que se quiera unir a mi brigada. El sueldo serán cien UIM diarias, gastos aparte. ¡Abandonad a vuestro coronel: sólo la muerte os espera en Neryd, si Ribbon es tan loco como para llevaros allí!

Un coro de murmullos se levantó de numerosas gargantas, apenas Vitrubius hubo terminado su contundente alocución. El general se volvió, sonriendo, hacia Ribbon.

—Puedo pagar el doble que usted, mi querido enemigo —dijo.

—¿También paga cien unidades a los asesinos, general?

Vitrubius respingó. Volvió ligeramente la cabeza. Kartner, apoyado en la pared, punto a la puerta, se frotaba las uñas de la mano derecha contra la tela de su uniforme.

—¿Qué dice ese estúpido, coronel? —tronó Vitrubius.

—Anoche, un asesino intentó matar a la prima de la reina Azurya. Cuando contrate usted asesinos profesionales, encárgueles dos cosas sobre todo: habilidad y discreción. Su hombre, general, no fue ni hábil ni discreto. Por eso sé que usted le ordenó cometer el crimen y, no sólo no logró sus propósitos, sino que murió.

Vitrubius tenía la cara roja de ira. Ribbon extendió un brazo:

—¡Largo de aquí, miserable! —gritó—, ¡Váyase inmediatamente, antes de que ordene a mis hombres fusilarle contra la pared.

—No se atrevería usted, coronel…

—Lo haré si no se ha ido antes de treinta segundos. ¡Fuera, fuera!

Vitrubius dio media vuelta, seguido de sus ayudantes. Pero

apenas había dado irnos pasos, gritó:

—¡Ya lo sabéis: en la brigada Vitrubius, se os pagarán cien UIM diarias! ¿A qué esperáis para seguirme, muchachos?

Sonaron fuertes exclamaciones. Más de cuatrocientos hombres abandonaron el cuartel inmediatamente.

Apenas doscientos quedaron frente al puesto de mando. Entre los que se quedaban, había unos diez o doce oficiales.

Kartner divisó a Maine en primera fila.

—Yo me quedo —dijo Maine.

Un oficial se adelantó.

—Nosotros nos quedaremos también, con una condición, señor — manifestó—. Cancele el nombramiento de Alex Kartner.

—Capitán Rixler, usted y todos los que piensen de la misma manera, pueden irse ahora mismo. Todavía sigo mandando en mi unidad, por poca gente que me quede, y los ascensos y degradaciones son cosa de mi exclusiva competencia.

Rixler saludó.

—Señor…

Giró sobre sus talones y dio media vuelta. Ocho oficiales más le siguieron en el acto.

—No se preocupe, coronel —intervino Felicia—, Ahora puede estar seguro de que todos los que se quedan son absolutamente fieles.

—Nunca quebranto la palabra dada, por mucho dinero que me ofrezcan —exclamó uno a voz en cuello.

Sonaron varias exclamaciones más. De pronto, Felicia alzó los brazos:

—¡Escuchen todos! —gritó—. Soy la representante de la reina Azurya, único gobernante legal de Neryd. En su nombre, les prometo un sueldo triple del acordado…

Doscientas gargantas gritaron unánimemente un sonoro viva. Felicia sonrió satisfecha.

—Pero eso no será todo. Hay, en Neryd, dos docenas de traidores, en general poseedores de grandes riquezas. Sin embargo, ambicionan más y por ello destituyeron a la reina. En nombre de Azurya, concedo permiso para un saqueo total, a

fondo, de todas las riquezas y propiedades de esos traidores.

Los gritos se repitieron. Perplejo, Ribbon se rascó el cogote.

—Pues, señor, antes dije que era yo quien mandaba aquí, pero estoy viendo que no fue más que una frase bonita, nada efectiva —masculló.

Acto seguido, rehaciéndose, dio una orden al oficial de mayor grado que le había permanecido fiel:

—Capitán Ramírez, revise los equipos de todos los soldados. Vamos a partir muy pronto y no quiero el menor fallo.

—Sí, señor.

Ribbon movió una mano.

—Teniente Kartner, doctora, hagan el favor de acompañarme a mi despacho —añadió a continuación.

Kartner y Felicia siguieron a Ribbon. Este sirvió tres copas. Luego dijo:

—Kartner, usted será el piloto de la astronave. Empiece ya a preparar el plan de vuelo. Tome los ayudantes que necesite... si encuentra alguno, claro.

—Mi copiloto se alistó al mismo tiempo, señor. Solicito para él un nombramiento de sargento —dijo el joven.

—¿Es hombre de confianza?

—Total, señor. No sería mi amigo si yo pensara de otro modo.

—Muy bien, extenderé el nombramiento acto seguido. Doctora, usted tiene que contarme muchas cosas.

—Coronel, aparte de prima de la reina Azurya, soy su agente personal en la Tierra —declaró Felicia.

—Entonces, por eso se alistó en mi Regimiento.

—Sí, señor.

—Perdón, coronel —intervino Kartner—, Para llegar a Neryd sin contratiempos, se me ha ocurrido una idea. Pero resultará cara.

—Dispongo de fondos ilimitados —dijo Felicia—. ¿Cuánto, Alex?

—De quince a veinte millones. Si puedo conseguir esa suma, garantizo el éxito.

Felicia se estremeció.

—Adelante —dijo.

—Es una locura —barbotó Ribbon.

Kartner sonrió.

—Estamos empeñados en una guerra sin cuartel, señor —manifestó—. Y en la guerra, como en el amor, todos los ardides son válidos.

Minutos más tarde, salía del despacho, portador de un cheque por una suma estremecedora. Vio a su amigo, charlando con un par de mercenarios, y gritó:

—¡Sargento Maine!

El aludido se volvió.

—¿Es a mí? —dijo, sorprendido.

—Hugo, el coronel acaba de otorgarte el grado de sargento. Y yo te nombro mi ayudante particular.

—Sí, teniente —respondió Maine socarronamente.

—Pero quizá necesite más ayudantes...

Kartner miró con ojos críticos a los dos hombres que estaban junto a sus amigos.

—¿Les conoces, Hugo? —preguntó.

—Félix Favre y Ramón Torres —presentó Maine.

Eran dos hombres jóvenes, fuertes y de aspecto inteligente y despierto.

—Esta noche tengo que hacer una incursión en campo enemigo —dijo—. Me gustaría que vinierais conmigo. Los tres, por supuesto.

—Encantado —respondió Maine.

—Hecho —dijo Favre.

Torres desenvainó un cuchillo de medio palmo de ancho y casi cincuenta centímetros de largo. Se arrancó un pelo, lo tiró al aire y colocó el filo del machete hacia arriba. El pelo quedó dividido en dos partes.

—Ramón está en perfecta forma —sonrió, luego de la sensacional demostración.

—No cabe la menor duda —concordó Kartner—. Vamos, hemos de trazar el plan de ataque con todo detalle.

* * *

—Está loco —dijo Vitrubius, mientras contemplaba la escena en un televisor de circuito privado—, Claro que, loco o no, poco importa ya, pero mira que ir a Neryd con dos compañías solamente...

Los soldados de Ribbon embarcaban en la astronave que ya se hallaba dispuesta a partir. Al pie de la escalera que conducía a la escotilla de acceso, el capitán Ramírez punteaba en una lista los nombres de todos los mercenarios.

El embarque terminó al fin. La escalera se replegó, después de que Ramírez hubiese pasado al interior de la astronave.

Entonces, algo brilló en el vientre de la nave.

El fogonazo fue intensísimo. Los micrófonos de la oculta cámara de televisión recogieron el sonido con todo detalle.

La astronave voló en mil pedazos. Una bola de fuego se elevó inmediatamente a gran altura.

Vitrubius se enjugó una lágrima inexistente.

—Pobre Ribbon —dijo—. Aunque enemigo, lo apreciaba muchísimo, pero, en fin, la guerra tiene estas cosas... ¡Teniente Dorden! —llamó.

—Señor —contestó un oficial en el acto.

—Póngame en contacto con el ER-7722-WN. Es urgente.

—Sí, señor.

El oficial de transmisiones estableció la conexión.

Segundos más tarde, un rostro redondo, de diminutos ojillos, aparecía en la pantalla del videófono.

—¿General? —dijo el hombre.

—La competencia ha sido eliminada totalmente.

—Magnífica noticia, general. ¿Cuándo zarpa usted hacia Neryd?

—Dentro de irnos minutos, daré la orden de levantar el vuelo, señor.

—Nos veremos allí...

—Con permiso, señor —dijo Vitrubius, empleando un inusitado acento de respeto—. En mi opinión convendría que no desembarcase, hasta que reciba mis informes de que todo

está en regla. En casos como el presente, un ligero exceso de precauciones nunca está de más, señor.

—Le comprendo, mariscal.

Vitrubius respingó.

—¿Ha dicho mariscal, señor? —exclamó.

—Cuando yo reine en Neryd, usted será mariscal. Vitrubius —confirmó Jan Kippus.

CAPITULO VII

La comunicación se cortó. Vitrubius se frotó la mandíbula pensativamente.

—Conque mariscal, ¿eh? —mascullό—. Bueno, cuando estemos en Neryd, ya veremos lo que pasa.

Pero todavía tenían que despegar de la Tierra. Asió un micrófono y bramó:

—¡Oficial comandante de astronáutica, disponga todo para zarpar inmediatamente!

—Enterado, señor —llegó una voz desde las profundidades de la inmensa nave, capaz de contener a más de mil hombres, sin agobios de espacio.

Eran seis las naves que se alzaban en la inmensa explanada, todas ellas ya con sus ocupantes a bordo y con las bodegas repletas de material y pertrechos. Vitrubius se repantigó en el enorme sillón de su cámara privada en donde, merced tanto al gran ventanal como a los circuitos cerrados de televisión, podía contemplar los menores detalles de cuanto le rodeaba, tanto interior como exteriormente.

Presionó un timbre. Un camarero le sirvió una taza de café humeante. Vitrubius, por su cuenta, añadió un buen chorro de brandy. Saboreó la bebida lentamente, mientras su imaginación cabalgaba desaforadamente hacia el rosado porvenir que le esperaba en Neryd.

Una leve sonrisa distendió sus labios. Alguien creía tenerle como instrumento de sus ambiciones, pero no tardaría mucho en darse cuenta de la amarga realidad.

De pronto, una hermosa mujer, de unos treinta años, cabellos negros y ojos verdosos, penetró en la cámara.

—¿Has hablado con Kippus? —preguntó.

—Silencio, Ada —exclamó Vitrubius—. Ese nombre no debe pronunciarse aquí jamás, ¿me entiendes?

—Dispénsame —contestó ella con humildad—. No me

habías advertido nada…

—Sí, tienes razón. Bien, he hablado con Kippus, pero ya te contaré luego. Tengo unos planes maravillosos para el futuro, para nuestro futuro, ¿comprendes?

—¿De veras?.—dijo Ada.

—Sí, como lo oyes…

Un zumbido se oyó repentinamente en la cámara. Vitrubius alargó el brazo y presionó una tecla.

—Hable —indicó.

—Señor, el despegue es imposible —informó el oficial de vuelo.

—¿Cómo? —rugió Vitrubius—, Pero, ¿no me había asegurado usted que todo estaba en orden para zarpar hoy mismo y a esta hora?

—Así es, señor, pero durante la noche, alguien se introdujo en la nave y cortó un par de metros del cable principal de conexión de los sistemas propulsores con los de control. Es preciso sustituir todo el cable, ya que su propia elaboración no admite empalmes. Y ello deberá hacerse también en las demás astronaves, aquejadas de una avería similar.

Vitrubius creía soñar. De pronto, barbotó una imprecación:

—¡Está bien! Yo no puedo partir hoy para Neryd, pero ese condenado Ribbon no llegará allí jamás. Empiece a reparar esa maldita avería inmediatamente…

—Tardaremos casi una semana, general.

La cólera de Vitrubius se desencadenó. Soltó sapos y culebras por la boca, hasta que se quedó sin aliento. Luego, resignándose a lo inevitable, dio otra orden:

—La brigada volverá a los cuarteles hasta que las naves estén en condiciones de volar.

Salió de la cámara. Ada Qazzar le acompañaba.

El aeromóvil particular del general estaba ya al pie de la astronave. Vitrubius y Ada embarcaron en el vehículo. Ella misma se ocupó de su manejo.

Para distraerse, mientras regresaban a casa, Ada conectó el televisor. La emisora transmitía un programa informativo.

Con ojos desorbitados, Vitrubius contempló en la pantalla

el odiado rostro de su rival, que estaba siendo entrevistado por un locutor:

—¿Mí nave? —decía el coronel Ribbon en aquel momento —. No sé a qué se refiere, amigo mío. Mi astronave se encuentra completamente intacta y a punto de zarpar, cosa que haremos apenas haya terminado con usted. Ignoro por completo a quién pertenecía la nave que ha estallado hace poco rato, pero, de una cosa puede estar seguro: no era mía.

—En ese caso, coronel, sólo me resta desearle buen viaje y mucha suerte —dijo el locutor.

Ada volvió ligeramente la cabeza. Sonrió. Vitrubius estaba al borde de la congestión, con el rostro tan rojo como si se lo hubieran pintado con minio.

* * *

Lanzada como un gigantesco proyectil, la astronave hendía el espacio a velocidad vertiginosa. Ante los mandos, Hugo Maine cuidaba de los instrumentos, más por pura rutina que por verdadera necesidad. Kartner había programado ya la órbita y el piloto automático funcionaba a la perfección.

Sobraba espacio en la nave. Estaba calculada para más de mil pasajeros y eran poco más de doscientos los que viajaban en ella. Kartner, Felicia y Ribbon conversaban en la cámara de este último.

—Tuvo usted una buena idea, al sustituirnos por robots —dijo el coronel—. Pero también resultó cara. Más de cuatro millones en robots, que se han convertido en chatarra, aparte del valor de la astronave...

—Recelaba alguna jugarreta del general Vitrubius, señor —contestó Kartner—, Y puesto que usted disponía de tres naves, valía la pena arriesgar una de ellas.

—Vitrubius sigue todavía en tierra.

—Antes de una semana, habrán reparado la avería, señor.

—Si empalman el cable...

—No se puede hacer; los impulsos resultarían falseados, tanto los dirigidos a los instrumentos de control, como los

dirigidos a los sistemas de propulsión. Es preciso sustituir enteramente el cable y, aparte de encargarlo y transportarlo hasta la nave, hay que colocarlo adecuadamente. Además, antes de despegar, es preciso hacer pruebas...

Felicia sonrió.

—En resumen, les has gastado una buena jugarreta —dijo.

—Pero no con tan malas intenciones —contestó Kartner—. A Vitrubius no le hubiera importado en absoluto que hubiésemos muerto todos. Es más, trató de conseguirlo. Puede considerarse un hombre afortunado, si todas sus dificultades consisten en un pequeño retraso.

—A propósito —intervino Ribbon—. Estamos contratados por Azurya, pero no tenemos la menor idea de dónde se encuentra ella. Actuar sin recibir instrucciones suyas puede acarrearnos graves contratiempos.

—La encontraremos, coronel —aseguró Felicia—. Debe de estar escondida en alguna parte, para su propia seguridad.

—¿Pretendían asesinarla?

—Podía haber sufrido un «accidente», que luego hubiera sido deplorado oficialmente.

—Entiendo —dijo Ribbon—, Habrá que estudiar un plan de desembarco... ¿Quiénes están ahora en el Gobierno?

—Está presidido por Markovior, secretario de Energía. En un planeta como Neryd, es el cargo más importante. Markovior, por otra parte, es el más conspicuo de todos los sublevados. Por ahora, se titula simplemente regente, pero no me extrañaría nada que un día quisiera proclamarse rey.

—Así suele ocurrir en esa clase de conspiraciones —dijo Kartner—. Naturalmente, el ejército apoyará sus pretensiones.

—Sabes muy bien que en Neryd no hay ejército, sino policía y no demasiados. Los nerydianos fueron siempre eminentemente pacíficos, pero... —Felicia suspiró—, no sé por qué, las cosas han cambiado en los últimos tiempos.

—La ambición de unos cuantos ha motivado ese cambio —opinó el joven—. Pero, de todas formas, por pacífica que sea la gente, Markovior no pudo dar su golpe de Estado sin un apoyo armado.

—Thurstad, el jefe de Policía —contestó Felicia escuetamente.

—Los dos hombres clave en Neryd —dijo Ribbon.

—Con numerosos y escogidos apoyos —calculó Kartner—. Pero con inutilizarlos a ellos, no podremos decir que hemos triunfado.

—Es preciso encontrar a mi prima —suspiró la joven.

—¿Por dónde empezaremos? —preguntó el coronel

—Hablando sinceramente, no tengo la menor idea.

—A mí se me ocurre una idea —dijo Kartner.

Y la expuso acto seguido, y como les pareciera bien a sus interlocutores, fue aprobada sin más discusiones.

* * *

La nave aterrizó durante el período de noche, en el centro de un enorme bosque situado a unos cuarenta kilómetros de la capital. En lo alto del cielo, rojizo, se veía el satélite térmico de Neryd, como una luna de sangre.

—A pesar de todo, hace bastante frío —se quejó Kartner, mientras se colocaba el chaquetón de pieles que iba a formar parte de su indumentaria.

—Estamos a más de nueve mil kilómetros del sol. Si no fuese por el satélite térmico, la temperatura resultaría insoportable —contestó Felicia.

Momentos después, entraban en el aeromóvil, que partió en el acto hacia Nerydia, la capital del pequeño planeta. La calefacción interior resultaba muy agradable.

—Sobre la cara opuesta de Neryd está el satélite luminoso —dijo Felicia—. Luz y calor durante, aproximadamente, doce horas; luego llega el período nocturno, en que sólo hay calor, mediante el otro satélite, que emite únicamente rayos calóricos. De este modo es posible la existencia en la superficie de Neryd.

—Y ambos satélites proporcionan luz y calor, mediante el «Energyl-10».

—Exactamente. Pero es preciso comprar el «Eneegyl-10». Y esto es lo que ha originado todos los trastornos que se padecen

actualmente en el planeta.

El aeromóvil volaba a poca velocidad, ya que les sobraba tiempo para llegar a Nerydia. Kartner pensó en las maravillas que había realizado aquella raza admirable en un planeta que doscientos años antes era sólo un frío pedrusco en el espacio.

La suerte de los nerydianos había estribado en que el planeta poseía una atmósfera respirable. Construyeron el primer satélite térmico y la atmósfera, congelados sus componentes a causa de las bajísimas temperaturas espaciales, se hizo gaseosa y respirable por tanto. Un núcleo de minerales, considerablemente densos, proporcionaba al astro la suficiente gravedad para que la atmósfera no escapara al espacio. Neryd tenía unas dimensiones poco mayores que las de la Luna, pero los valores de su gravedad eran sensiblemente parecidos a los terrestres : 85 %.

—Es decir, una persona que en la Tierra pese cien kilos, aquí pesará solamente ochenta y cinco —dijo Kartner, expresando en voz alta sus pensamientos.

—En la Tierra daba yo sesenta. Aquí pesaré cincuenta y uno —contestó Felicia.

El satélite luminoso apareció en el horizonte, derramando luz y calor sobre la superficie de Neryd. A Kartner le pareció estar asistiendo a un amanecer terrestre.

—Habrá algún sitio donde se pueda desayunar, aunque sea temprano —dijo—. Empiezo ya a tener hambre.

—Encontraremos comida e informes —aseguró Felicia.

CAPITULO VIII

La influencia terrestre se dejaba sentir en muchos de los aspectos de la vida nerydiana. Las casas eran recias, sólidas, de apariencia no demasiado elegante, pero prácticas en su interior. Las calles de Nerydia eran rectas, tiradas a cordel.

La gente madrugaba en Nerydia. Guiado por Felicia, Kartner se encaminó a un restaurante. Ella buscó un reservado y encargó desayuno para dos a la camarera. Al terminar, Felicia dijo que no podían pagar, porque no tenían dinero.

Kartner se quedó atónito, pero el instinto dijo que debía seguir la corriente a la joven. La camarera se alejó refunfuñando.

El dueño vino momentos más tarde.

—Me han dicho que hay aquí dos frescos que se niegan a pagar el gasto —exclamó.

—Era sólo un medio de hacerte venir, sin llamar la atención —sonrió la joven—. Datius, ¿no me conoces?

El hombre se quedó con la boca abierta. De pronto, aclamó:

—Tú eres...

—Sí, la prima de Azurya —confirmó Felicia, sonriendo—. ¿Sabes tú dónde está?

Datius agarró una silla y se sentó a horcajadas en ella, frente a los dos jóvenes.

—Ha desaparecido —contestó—. Nadie sabe dónde está..., ni si está viva o muerta.

—¿Cuándo se produjo su desaparición?

—Los sublevados quisieron que ella misma anunciase su acta de renuncia, pero no fue posible. Al menos, eso es lo que se rumorea en la capital. Tuvo que ser Markovior el que anunciase la nueva situación.

—Apoyado por Thurstad.

—Justamente. Han dado mil y mil razones para justificar su actitud, pero muy pocos creen en sus declaraciones. Además,

nadie sabe por qué diablos lo hicieron

—Yo te lo diré, Datius. El «Energyl-10» es el culpable de todo lo que sucede —exclamó Felicia—, Azurya sospechaba ya lo que podía ocurrir y me encargó la ayudase desde la Tierra. Pero, por lo visto, no ha podido impedir el golpe de Estado.

—No, no lo consiguió. Esos dos traidores actuaron con demasiada rapidez y contundencia. Pero cuando quisieron llegar a sus habitaciones, Azurya había desaparecido.

Kartner levantó una mano.

—Perdón —intervino—. Creo que el amigo Datius puede hacer mucho en nuestro favor. El conoce a cantidad de gente. Puede prometer una importante recompensa para aquel que traiga informes que permitan hallar a Azurya. Por supuesto, habrá de actuar de una manera reservada, comunicándolo solamente a las personas que estime de su absoluta confianza.

—De acuerdo —dijo Datius—. Es una buena idea.

—¿Cuánto ofrecemos, Alex? —consultó Felicia.

—¿Cien mil?

—Hecho —aprobó la joven—. Ya lo sabes, Datius.

El dueño del local fue a decir algo, pero, en aquel preciso instante, se produjo cierto tumulto en el salón.

Alguien, provisto de un poderoso megáfono, gritó:

—¡Que nadie se mueva! ¡Vamos a examinar la documentación de todos los presentes! Se han recibido noticias de la llegada de dos extranjeros, inmigrantes ilegales, y todo el que les ayude de una forma u otra, caerá bajo el peso de la ley.

* * *

Kartner se puso en pie instantáneamente. Felicia palideció.

—¿Cómo han podido saber...?

—Eso es lo de menos ahora —exclamó el joven—. Datius, ¿por dónde se sale?

Datius sacó una llave de uno de sus bolsillos y se la entregó a Felicia.

—Es la de mi residencia privada —indicó—. Tú ya sabes dónde está.

—Sí, desde luego —contestó ella.

—Es un buen escondite —añadió Datius—, Pero no puedo hacer más por el momento. —Alargó la mandíbula—. Pégame —pidió.

Kartner comprendió el significado de la petición y disparó el puño derecho. Datius se derrumbó en el acto.

Casi en el mismo momento, se oyeron fuerces pisadas en el corredor.

—Ya están ahí —dijo Felicia, con acento de terror.

—Apártate de la puerta —ordenó él.

Felicia obedeció. De pronto, alguien abrió la puerta.

Dos o tres hombres de uniforme aparecieron en el umbral.

—¡Documentación! —exigió uno de ellos.

Apenas si tuvo tiempo de hablar. Kartner cargó con la cabeza gacha y lanzó sus casi noventa kilos de peso contra los guardias. Tres hombres cayeron por el suelo, en medio de una indescriptible confusión.

Uno de ellos consiguió rehacerse antes que los demás y sacó su pistola, pero el pie derecho de Kartner actuó con tremenda potencia. Chasquearon unos huesos y se oyó un grito de dolor.

—¡Vamos, Felicia!

Otro de los guardias intentaba levantarse. La rodilla derecha de Kartner golpeó su mandíbula.

—El paso está libre —gritó él alegremente.

Corrieron en busca de la salida posterior. Unos segundos más tarde, el aeromóvil que les había transportado hasta allí, levantaba el vuelo.

* * *

—No me explico cómo pudieron conocer nuestra llegada —dijo Felicia, mientras se paseaba nerviosamente por la estancia.

—Tranquila, muchacha —sonrió Kartner, lánguidamente tumbado en un diván—. Es cierto que retrasamos la partida de la brigada Vitrubius, pero no cortamos sus comunicaciones con Neryd.

—Y él avisó…

—Sí, eso es lo que hizo, porque debemos reconocer que no es tonto.

—Pero, en ese caso, Ribbon y sus hombres...

—El coronel habrá hecho funcionar la pantalla protectora, que invisibiliza la nave, además de eliminar cualquier riesgo de protección. A menos que alguien se de de narices contra la nave, nadie podrá localizarlos.

—Todo eso me tranquiliza un poco, pero seguimos sin noticias de Azurya.

—Debemos confiar en Datius, ¿no? Anda, enciende el televisor; hace mucho tiempo que no contemplo un programa nerydiano.

Felicia hizo un gesto de enojo, pero obedeció la indicación de su acompañante. Kartner se volvió un poco en el diván, a fin de continuar en el mueble, aunque ahora tendido de costado.

El programa que se emitía en aquellos momentos era de variedades. Kartner pensó que los nerydianos podían haber hecho habitable aquel inhóspito planeta, pero su humor era más bien deleznable. A Felicia, en cambio, perecían hacerle mucha gracia los chistes y situaciones cómicas de los artistas.

El programa terminó, para dar paso a un noticiario. Un rostro conocido apareció de repente en la pantalla.

—¡Vitrubius! —gritaron los dos a un tiempo.

El general había llegado ya a Neryd. Estaba siendo objeto de una entrevista y, a las preguntas del locutor, contestó con fingida modestia, que sus propósitos eran solamente los de proteger al pueblo nerydiano, amenazado por la ambición de unas gentes sin escrúpulos.

—Naturalmente —agregó—, no estaría aquí, de no haber sido llamado por Su Excelencia, el regente Markovior, con el que me une de antiguo una firme y leal amistad.

—La amistad del dinero —exclamó Felicia, colérica.

De pronto, la cámara enfocó a los acompañantes del general. Con enorme asombro por su parte, Kartner divisó un rostro conocido.

—Pero, ¿qué diablos hace esa mujer con Vitrubius? —exclamó.

—¿La conoces? —preguntó Felicia.

Kartner sonrió levemente. El locutor acababa de pronunciar el nombre de Ada Qazzar, presentándola como secretaria personal de Vitrubius.

—Acabo de tener una idea —exclamó, a la vez que saltaba del diván.

—¿De qué se trata? —preguntó Felicia.

Una expresión sibilina apareció en el rostro de Kartner.

—Una secretaria debe conocer los secretos de su jefe —contestó, a la vez que se dirigía hacia la puerta. Y cuando abría, agregó—: Hubo un tiempo en que Ada y yo éramos buenos amigos. Voy a ver qué es lo que queda de aquella antigua amistad. Puede que sólo resten cenizas frías, pero si queda una pequeña brasa...

Kartner salió sin concluir la frase. Pero Felicia comprendió perfectamente su significado y aunque no podía por menos que aprobar la acción de Kartner, en el fondo sentía un cierto despecho, porque sabía que se iba a encontrar con una hermosa mujer.

* * *

Las horas transcurrían lentamente. El nerviosismo de Felicia iba en aumento a cada minuto que pasaba.

De pronto, llamaron a la puerta.

Corrió a abrir. Palideció al verse ante cuatro hombres de uniforme.

—¿Felicia Shull? —preguntó uno de ellos, con insignias de oficial en las hombreras.

Ella asintió mecánicamente.

—Soy el capitán Vord —se presentó el oficial, a la vez que enseñaba un documento—. Esto es una orden de arresto contra usted y contra el terrestre llamado Alexander Kartner.

—Kartner no está...

—Dejaré un par de hombres para que aguarden su vuelta. Usted debe acompañarme de inmediato.

Felicia se resignó. La fuerza no le serviría de nada.

—Al menos —solicitó—, podría llevarme el equipaje.

—Por supuesto —accedió Vord cortésmente.

Felicia fue a su dormitorio, con la cabeza convertida en un torbellino. Debía dejar una pista para cuando volviese Kartner, pero, ¿cómo podía hacerlo, si desconocía el lugar adonde iba a ser conducida?

De repente, oyó voces en el exterior:

—Capitán, acabo de recibir una llamada de Su Excelencia. La prisionera debe ser llevada a Zymor.

Felicia sintió que la esperanza renacía en su pecho. Kartner, estaba seguro de ello, sabría deshacerse de los hombres que lo esperarían.

Momentos después, salía con un bolso en la mano.

—Estoy lista, capitán —anunció fríamente.

—Doctora, le doy las gracias por haber hecho fácil mi labor —dijo Vord con acento lleno de amabilidad.

Una hora más tarde, Felicia se hallaba en presencia del hombre que había dictado la orden de arresto contra ella.

Había desprecio en sus ojos al mirar a Markovior. El regente era un hombre de unos cincuenta años, delgado y de nariz aguileña. Inmediatamente, adivinó los sentimientos de la joven.

—Me considera un traidor, doctora —dijo.

—En ese caso, no es necesario que se lo diga —respondió ella fríamente—. Lo único que quiero es saber para qué me ha traído aquí.

—¿No lo adivina? —sonrió Markovior.

—Ignoro dónde está Kartner...

Markovior lanzó una risita.

—El terrestre no me interesa en absoluto —dijo—. Tarde o temprano, lo encontrarán mis hombres. Es Azurya la que me interesa y usted conoce su paradero.

—No lo sé —respondió Felicia con voz helada.

—¿De veras? Venga, acérquese a la ventana.

La entrevista tenía lugar en un salón sobriamente decorado, en dos de cuyas paredes había sendas ventanas, de grandes dimensiones. Markovior hizo un ademán con el brazo

izquierdo.

—Mire, por favor —indicó.

Felicia se asomó a la ventana. Un grito de terror brotó de sus labios instantáneamente.

Datius se hallaba en el centro de un pequeño patio, al borde de un agujero circular de unos diez o doce metros de diámetro. La distancia que había de los bordes del pozo a los muros del patio no llegaba a cuatro metros.

Algo surgió repentinamente del orificio, ondulando como una serpiente malévola. Era una especie de tentáculo, de unos cincuenta centímetros de grosor, terminado en dos pinzas córneas, de casi un metro de largo y con los bordes internos en forma de sierra, de dientes muy afilados.

Datius lanzó un chillido de terror y retrocedió. Un segundo tentáculo surgió de la abertura y se movió en el aire, en busca de la presa.

—«Thits» tiene hambre —dijo Markovior, impasible—. Hace al menos una semana que no le doy de comer.

Felicia se sentía desfallecer. De pronto, una de las pinzas encontró su presa y se cerró bruscamente. La pierda izquierda de Datius quedó seccionada limpiamente por encima de la rodilla.

Se oyó un alarido espeluznante. Datius rodó por el suelo, convulsionándose frenéticamente. El segundo tentáculo cortó sus gritos, al decapitarle con un solo golpe de las pinzas.

Luego, aquellos despojos humanos fueron arrastrados al pozo. Felicia, a punto de desmayarse, se apartó de la ventana.

—Por su bien, espero que me diga dónde está su prima —dijo Markovior con voz inflexible—. De lo contrario, «Thits» tendrá hoy su segundo plato.

Felicia inspiró profundamente, mientras Markovior la contemplaba con toda atención. Después de unos segundos de silencio, la joven dijo:

—Podría engañarle, indicándole un falso escondite, a fin de ganar tiempo, pero no quiero hacerlo. No sé dónde está Azurya, aunque sí puedo asegurarle una cosa: jamás se lo diría, porque no soy una traidora. Así pues, cuando quiera arrojarme a esa

bestia inmunda, puede hacerlo.

Markovior sonrió burlonamente. —Una decisión heroica, lo admito —contestó—. Pero no acabo de creerme que no sepa dónde está Azurya. Le daré algunas horas de reflexión; exactamente, hasta que «Thits» haya hecho su digestión, ya que ahora podría rechazar un segundo plato. Esto alarga su vida en doce horas, doctora, ni un segundo más —concluyó Markovior con acento que excluía toda duda.

CAPITULO IX

La mujer estaba arreglándose el pelo ante el tocador, cuando, de repente, oyó una voz masculina que le resultaba conocida:

—Tan hermosa como siempre, Ada Qazzar.

Ella se volvió. Un gritito de sorpresa se escapó de sus labios al reconocer al individuo que estaba sentado con aire indolente en el antepecho de la ventana.

—Tú... Alexander Kartner —exclamó.

—Sí, pero no es necesario que lo pregones a los cuatro vientos —rió él—. Basta que lo sepamos tú y yo, ¿comprendes?

Ada se puso en pie. Al cruzar la estancia, los pliegues de su bata, de finísimo tejido, revolotearon por el aire. Sus mórbidos brazos se enroscaron en el cuello del inesperado visitante.

—Alex, no sé cómo has venido, pero ya que estás aquí... —murmuró con voz ardiente.

—Todavía quedan brasas —dijo Kartner.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ada, sorprendida.

—Pensé que, de la hoguera que nos consumió años atrás, sólo quedarían frías cenizas. Veo, con agradable asombro, que aún restan algunas brasas.

Ada se oprimió fuertemente contra él.

—La hoguera se puede reavivar todavía —dijo.

—Pero somos enemigos, Ada.

—¿Qué dices? —se asombró ella.

—Tú estás con Vitrubius. Yo estoy en contra de él.

—Simplemente, soy su secretaria personal, Alex.

—¿Desde cuándo acá un jefe de mercenarios necesita secretaria personal? —preguntó Kartner irónicamente.

Ella se mordió los labios.

—Tienes razón —convino, a la vez que suspiraba—. Pero si tú estás aquí...

—Le abandonarás.

Los ojos de Ada brillaron de un modo peculiar.

—¿Puedes dudarlo? —contestó.

Kartner elevó las manos y soltó el cálido dogal que rodeaba su cuello.

—Me interesa más que sigas al lado de Vitrubius —dijo.

—¿Quieres conocer sus planes?

—Soy un fiel soldado de la reina Azurya.

Ella movió la cabeza lentamente.

—Los planes de Vitrubius —murmuró—. Te asombrarías si los conocieras —añadió.

—Me imagino cuáles son sus proyectos. Markovior le ha traído aquí para aplastar toda oposición, constituyendo, con la Brigada Vitrubius, el ejército de que carecía Neryd. Pero no sabe que lo que acaba de hacer es, diciéndolo metafóricamente, albergar una víbora en su seno.

—Aún es poco —sonrió Ada.

—Bien, pero, ¿por qué no me lo cuentas todo, preciosa?

Ada volvió a colgarse de su cuello.

—Si quieres más informes, tendrás que pagarlos —dijo, terriblemente insinuante.

—¿Cómo? —preguntó Kartner.

—¿Es que no te lo imaginas?

Kartner sonrió.

—Sí, todavía quedan brasas, muchas brasas… —murmuró. Y se inclinó para besarla.

Media hora más tarde, alguien llamó de repente a la puerta de la estancia.

—Demonios —gruñó Kartner—, ¿Quién diablos…?

El vozarrón de Vitrubius sonó al otro lado de la puerta:

—¡Ada! Abre, pronto…

La joven cuchicheó algo. Kartner acabó en un lugar en el que no había sospechado siquiera podía acabar la entrevista.

Ada corrió a abrir. El enorme corpachón de Vitrubius se recortó en el umbral.

—¿Todavía estás ahí sin arreglar? —gruñó—. Vamos, date prisa; tenemos que ir al Metropol. Fanny Frankle nos espera allí y quiero sostener una interesante entrevista con ella, de la cual

tú grabarás hasta la última silaba. Te doy diez minutos, ni un segundo más.

—Estaré lista dentro de diez minutos —prometió Ada.

Vitrubius se marchó. La cabeza de Kartner asomó por debajo de la cama.

—De modo que Fanny Frankle, ¿eh? —rezongó.

—Sí, ya lo has oído, Alex.

Kartner se puso en pie.

—Vendré a verte en cuanto me sea posible —dijo—. Ten preparada una copia de la entrevista. Un día, Azurya podrá pagarte y, puedes creerme, no tendrás queja de su generosidad.

Ada le guiñó un ojo.

—Prefiero tu... moneda de pago —contestó maliciosamente.

* * *

Kartner llegó a la residencia de Datius y abrió la puerta.

—¡Felicia! —llamó.

Pero la joven no le contestó. Extrañado por su silencio, Kartner recorrió la estancia, sin hallar el menor rastro de ella.

Una sospecha invadió su ánimo. Encontró una silla caída en el dormitorio de Felicia y asimismo vio abierto un armario. Faltaba el bolso de la joven.

Alguien había llegado a la casa y se la había llevado con rumbo desconocido. Kartner se sintió repentinamente descorazonado.

Si Felicia había sido raptada, podía considerarse muerta. Markovior no tendría compasión de ella. Estaba dispuesto a llegar a las más altas cimas, pasando por encima de todos los obstáculos.

Un tanto desorientado, fue al baño. Entonces vio, en el espejo, pintado con un lápiz de maquillaje, una sola palabra: «Zymor.»

Ya no cabía la menor duda. Felicia había sido raptada y, aunque ignoraba en concreto quién lo había hecho, resultaba patente que la joven, antes de seguir a sus raptores, había

tenido tiempo de indicar el lugar al que iba a ser llevada.

Pero, ¿quién podía decirle dónde estaba o qué significaba Zymor?

—Hombre, soy tonto —exclamó—. Nadie mejor que Datius...

Consultó el reloj. Eran las diez y cuarto, hora de Neryd.

—Tengo tiempo de sobra —se dijo.

Aunque la residencia privada de Datius estaba a cierta distancia de la ciudad, el aeromóvil permitía recorrerla en contados minutos. Un cuarto de hora más tarde, entraba en la taberna.

Había mucha clientela. A Kartner le extrañó no ver a Datius atendiendo el negocio. Tal vez había salido momentáneamente, pensó.

Eligió una mesa libre. Treinta minutos más tarde, Datius no había dado señales de vida todavía.

Kartner empezó a preocuparse. De pronto, se le acerró una hermosa mujer.

—¿Estás solo? —preguntó, insinuante.

—Por ahora, sí —respondió Kartner un tanto secamente—. Pero puedo invitarte a una copa, si bien no garantizo que en cualquier momento te deje plantada.

Ella agitó la mano. Una camarera de formas ampulosas acudió en el acto y tomó el pedido.

—Me llamo Shelleen —dijo la mujer, de pelo rabiosamente teñido de amarillo y espeso maquillaje en la cara. El vestido que llevaba tenía un escote muy incitante.

—Alex —contestó él.

La camarera vino y trajo las copas.

—Tu amigo no viene —dijo Shelleen, después del primer trago.

—Estará ausente —supuso Kartner—. Pero me extraña, porque debiera hallarse aquí, atendiendo el negocio.

—Sospecho que buscas a Datius.

—Sí.

—Pierdes el tiempo, Alex.

Kartner se puso rígido.

—Habla claro, Shelleen —pidió.

—Vino un oficial de policía, con dos guardias, y se lo llevó, eso es todo.

—¿De qué le acusaban?

Shelleen hizo un gesto ambiguo.

—No se lo dijeron a los demás. Puede que ni tampoco a él mismo. En estos últimos tiempos, los hombres de Markovior no se sienten demasiado inclinados a dar explicaciones.

—Sí, me lo imagino. —Kartner estudió a la mujer con ojos penetrantes. Podía ayudarle mucho, si...— ¿Cómo andas de dinero? —preguntó súbitamente.

Shelleen movió la mano.

—Trabajo aquí, ya ves —contestó de manera harte expresiva.

—Quizá te gustaría atender a los clientes en un lugar menos conspicuo — apuntó él.

—Eso cuesta dinero, Alex.

—¿Cuánto?

—Oh, unos cinco mil, por lo menos.

—Con diez mil, ganarías tu independencia.

—Sí, pero, ¿quién me prestaría una suma semejante?

—Yo, con una sola condición, Shelleen.

—¿Muy difícil, Alex?

—Según se mire. Sólo se trata de encontrar un lugar llamado Zymor —manifestó Kartner.

Shelleen sonrió de una manera extraña.

—¿Has dicho Zymor? —preguntó.

—Sí.

—Y me darás diez mil...

—Si me indicas dónde está ese lugar.

—Por los diez mil UIM no sólo te indicaré dónde está, sino que te acompañaré hasta las inmediaciones.

Shelleen se puso en pie, alargando la mano derecha de modo inequívoco. Kartner se puso en pie y cogió la mano que se le ofrecía.

Entonces se fijó en el ancho cinturón que rodeaba el esbelto talle de la mujer y en cuyo centro había una vistosa hebilla

cuadrada, de diez centímetros de lado por uno de grueso. Luego alzó los ojos hasta el rostro de Shelleen.

Por un instante, le pareció que el rostro variaba de contornos, pero lo achacó a una ilusión óptica. Quizá la mujer le llevaba a una trampa, pensó, pero se sentía inclinado a confiar en ella.

—Vamos a Zymor —dijo.

CAPITULO X

Previendo que Felicia estuviese encerrada en algún lugar de difícil acceso, Kartner había ido prevenido para la operación de rescate. Shelleen le había acompañado hasta las cercanías de Zymor, quedándose en el aeromóvil, a unos quinientos metros, escondida en un espeso bosque.

Kartner cubrió la segunda etapa a pie. El rojizo sol nocturno de Neryd daba la luz suficiente para ver los obstáculos con cierta claridad.

Zymor, según le había explicado Shelleen, era el nombre de una colina de cierta elevación, en cuya cumbre había una residencia privada: la del secretario de Energía, ahora regente, Markovior. La residencia estaba rodeada por una alta tapia, cuyo borde superior se hallaba a unos ocho metros del suelo.

Kartner llevaba consigo diminutos explosivos, que podían hacer saltar la tapia en pedazos, pero, por el momento, prefería entrar en Zymor sin hacer ruido. La cuerda que había llevado consigo, voló por los aires y el gancho agarró en el borde del muro.

Trepó con singular agilidad y descendió al otro lado.

Muy seguro debía de estar Markovior de la efectividad del muro, cuando no montaba centinelas en lugares elevados, pensó.

Desde arriba oyó un extraño castañeteo. En el centro del patio al cual acababa de asomar, divisó un ancho círculo negro, del que salía un horrible ruido. Kartner sintió un escalofrío. Dudó unos segundos, pero, rehaciéndose, se descolgó rápidamente por la soga e inició en el acto la travesía del patio.

El castañeteo se repitió. Kartner pasó prudentemente lejos del pozo y llegó a la pared del edificio, en la que divisó las ventanas correspondientes a sendas habitaciones de tres pisos.

Se preguntó en cuál de ellas podía estar Felicia. De pronto, oyó una voz femenina por encima de su cabeza.

—¿Es que no pueden dejarme dormir en paz?

—Dispénseme, doctora, pero son órdenes del regente. Me envía a recordarle que el plazo se ha acortado en seis horas.

—Ya lo sé —contestó Felicia desabridamente—. Pero mi respuesta es la misma que hace seis horas.

—Bien, doctora.

Los dientes de Kartner brillaron en la rojiza penumbra. La voz de Felicia había surgido por una de las ventanas del segundo piso.

Había ocho metros de altura. Kartner aguardó unos segundos; quería estar seguro de que la joven volvía a quedarse sola.

De pronto, oyó un leve siseo a sus espaldas.

Se volvió. Un sudor frío inundó su frente en el acto.

Un tentáculo había surgido del pozo y serpenteaba hacia él. El extremo del tentáculo estaba provisto de dos terribles mandíbulas córneas, capaces de cortarle en dos con toda facilidad.

Kartner desenfundó su pistola, ahora cargada con proyectiles paranucleares. La inesperada aparición de aquel monstruo iba a dar al traste con sus planes de rescate, pero sólo aquellas balas, que al explotar causaban los mismos efectos que una antigua granada de 155, podrían salvarle la vida.

Bruscamente, el tentáculo se replegó sobre sí mismo y desapareció de nuevo en el pozo. Kartner dejó que sus pulmones se vaciasen del aire retenido durante aquellos interminables segundos.

El monstruo no parecía sentir muchos deseos de atacar por el momento. Kartner no se preocupó de averiguar las razones; su interés estaba centrado en Felicia.

Alzó la cabeza.

—Felicia —llamó a media voz.

Arriba sonó una exclamación de sorpresa. Segundos después, un cuerpo humano se asomaba a la ventana.

—Alex —dijo ella con voz ahogada.

Kartner extendió los brazos.

—Salta —indicó.

—Pero...

—Vamos, rápido; no hay tiempo que perder.

Felicia pasó las piernas por encima del antepecho y se dejó caer en el vacío. Kartner paró el golpe más fuerte, aunque no pudo evitar que los dos rodaran por el suelo, tras el violento encuentro.

Pero se puso en pie instantáneamente.

—Vámonos de aquí, pronto —exclamó.

—El monstruo...

—He visto uno de sus tentáculos. Será mejor que no lo excitemos.

Kartner tiró de la muchacha y alcanzó la cuerda que pendía del muro.

—Conseguiste averiguar dónde está Zymor, ¿eh? —sonrió ella.

—Aquí estoy, hermosa —contestó Kartner.

De repente, sonaron gritos en el interior del edificio:

—¡La prisionera se ha fugado!

Kartner se volvió. Su pistola disparó media docena de proyectiles paranucleares. Parte del edificio voló en pedazos, a consecuencia de las explosiones.

—Ojalá haya alcanzado a ese traidor de Markovior —masculló.

La confusión y el desconcierto se habían apoderado de los guardias. Pero el ruido de las explosiones excitó al monstruo y ahora fueron dos los tentáculos que asonaron fuera del pozo.

Kartner los destrozó con sendos disparos. Sin embargo, otros dos tentáculos volvieron a surgir de inmediato.

—Parece que no tiene bastante —gruñó.

Cambió la pistola de mano y sacó tres bolas de diámetro no superior a los dos centímetros. Las esferitas volaron por los aires en rápida sucesión y cayeron al interior del pozo.

Tres chorros de fuego brotaron del orificio, apenas medio segundo antes que el estruendo de las explosiones. Fragmentos de tentáculos volaron por los aires.

—Creo que ese bicho ya no molestará más a nadie —dijo.

—Se ha comido a Datius —manifestó ella.

Kartner se estremeció.

—Markovior tiene un buen servicio de información y se lo trajo detenido —explicó Felicia—. Para intimidarme, lo arrojó al monstruo.

El joven se puso furioso. De súbito, sacó la pistola y, colocando el arma en tiro ametrallador, disparó una larga ráfaga hacia la parte superior del edificio.

Una docena de proyectiles estallaron con horrísono estruendo, haciendo saltar por los aires toda la parte superior del edificio. Kartner se volvió hacia la joven.

—Apártate —dijo.

Ella obedeció. Kartner recargó el arma y disparó media docena de veces contra el muro, convirtiendo en escombros un buen trozo del mismo. Como despedida y ya una vez al otro lado de la brecha, disparó otra ráfaga contra la residencia.

Un ala entera del edificio se vino abajo, con enorme estrépito. Kartner, ceñudo, contempló un instante los resultados de su labor.

—Un pequeño homenaje a un hombre leal —dijo.

Y luego, en unión de Felicia, corrió hacia el lugar donde esperaba Shelleen.

Pero al llegar al bosque, vieron que Shelleen había desaparecido. Un mensaje grabado en la radio del aparato les dio la solución:

—He tenido que marcharme; no os preocupéis por mí.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Felicia, sorprendida.

—Trabaja en la taberna de Datius. Al menos, eso me dijo —contestó él pensativamente, más intrigado aún que preocupado por la inexplicable ausencia de Shelleen.

* * *

En Nerydia había un hotel de relativo lujo, en el cual solían hospedarse los viajeros procedentes de la Tierra. Fanny Frankle cruzaba el vestíbulo, en dirección a la calle, cuando oyó su nombre.

La joven se volvió. Unos ojos maliciosos la miraban por

encima de un periódico.

—Hola —dijo Kartner.

Fanny se acercó al sillón donde estaba sentado el joven. Kartner dejó a un lado el periódico y señaló el sillón contiguo.

—Siéntate —indicó.

—Me devora la curiosidad —confesó ella.

—¿Curiosidad?

—Sí. ¿Qué haces aquí?

—Lo contrario que tú, Fanny.

—No entiendo. Yo estoy aquí por negocios...

—Y yo para frustrarlos.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Ignoras la clase de negocios que me han traído aquí —dijo Fanny al cabo.

—Me los imagino fácilmente. Cualquiera podría imaginárselos. Basta para ello saber que posees el sesenta por ciento de las acciones de la Brigada Vitrubius.

Fanny respingó.

—¿Cómo demonios...?

—Una unidad de mercenarios, en general, es un conjunto de hombres que pueden proporcionar grandes beneficios a quienes los contratan para luchar. Naturalmente, necesita una organización militar, pero, hasta que entra en combate, esa unidad necesita ser financiada. Hay que pagar sueldos a oficiales y soldados, adquirir pertrechos, víveres, vehículos... En resumen, una inversión de dinero que es preciso recuperar, con los beneficios consiguientes. Por supuesto, el que contrata una unidad de mercenarios, en este caso, la Brigada Vitrubius, debe pagar una fuerte suma en concepto de anticipo. Pero, como todo negocio, necesita una financiación base, es decir, dinero para empezar. Tú pusiste el sesenta por ciento del capital inicial, eso es todo.

Los ojos de Fanny despedían chispas de cólera.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó con voz ronca.

—Querías contratarme para tu red de información. No lo hubieras intentado, de no estar convencida de que soy un hombre inteligente —contestó Kartner.

—Sí, eres listo, muy listo —admitió Fanny entre dientes.

—Y tú estás aquí, no sólo para vigilar la buena marcha de tu sesenta por ciento, sino para recolectar los beneficios que la actuación de la Brigada Vitrubius puede reportarte. Te interesa que la situación se consolide, porque la Brigada, en tal caso, pasará a ser ejército permanente de Neryd. Pero el Tesoro nerydiano pagará una suma mucho mayor de la que realmente percibirán los componentes de la brigada, aparte de los gastos consiguientes, y ése será tu beneficio. Naturalmente, proporcional al capital invertido.

—Mucho dinero, Alex, mucho dinero.

—Sólo en teoría, Fanny.

—¿Por qué dices eso?

—Tus proyectos fracasarán.

Ella sonrió despreciativamente.

—¿Los harás fracasar tú? —preguntó.

—Para eso estoy aquí, Fanny.

—Fuera de la ley, Alex, no lo olvides. Estás en contra del Gobierno actual...

—¿Quién ha nombrado el Gobierno? ¿Quién era el legal jefe de Estado planetario hasta hace unas semanas? ¿Ha consultado Markovior con el pueblo para derrocar a Azurya?

—Tonterías, palabras sin sentido, bella retórica, vacía de contenido —calificó Fanny despectivamente—. Markovior tiene la fuerza, no sólo la policía, sino un ejército profesional, adiestrado y aguerrido. Y eso es lo que importa hoy día: la fuerza.

—Quizá tengas razón, aunque falta cierta matización en tus palabras, Fanny.

—¿Sí? —Ella arqueó sus cejas inquisitivamente.

—Markovior «cree» tener la fuerza, pero, en realidad no es más que un títere en manos ajenas Cuando el negocio esté concluido, alguien despedirá a Markovior de un simple puntapié y lo dejará tirado en mitad de la calle, si no lo envía al cementerio.

Kartner se puso en pie. La expresión de incontenible furia que se dibujaba en la cara de Fanny le divertí mucho.

Pero era sólo por fuera, al sonreír. Por dentro, se sentía terriblemente preocupado, porque conocía a la mujer y sabía que Fanny no sólo no perdonaría la humillación recibida, sino el fracaso del negocio que pensaba frustrarle y en el que ella había puesto todas sus esperanzas.

CAPITULO XI

El hombre que aparecía en pie frente a Markovior estaba pálido, demudado, encogido a causa del miedo que sentía. Markovior, por su parte, ofrecía una actitud le calma y serenidad, que ocultaban el desdén que sentía hacia aquel individuo.

—Tú eres Ryssord, ingeniero psicofísico —dijo.

—Sí, Excelencia...

—Constructor de cinturones psicofísicos.

—Sí, Excelencia.

—Es un objeto prohibido, lo sabes bien.

—Todos los que construyo están sometidos a la intervención del Gobierno...

—Menos uno. Hemos examinado los archivos de tu laboratorio. Has construido hasta ahora siete cinturones; consta así en los libros de consumo de material. De seis de ellos, hay autorización de construcción y venta. Falta el mismo trámite para el séptimo cinturón. ¿Quién lo tiene?

—Señor, yo... Ruego a Su Excelencia me dispense de contestar...

Markovior miró al hombre durante unos instantes, a través de los párpados entornados.

—Podría someterte a tortura, pero me molestan los gritos de dolor —dijo al cabo—. Sólo quiero que me confirmes el nombre del actual propietario del cinturón. Si lo haces, te dejaré libre, ¿entendido?

—Excelencia, yo juré...

—Te relevo de tu juramento, ingeniero. Y, recuerda, la vida te va en ello.

Ryssord era tímido y apocado.

Cedió.

—Lo tiene Azurya, señor —dijo—, pero ignoro el aspecto que ha podido tomar. Es una cosa enteramente personal y…

Markovior sonrió.

—Me lo figuraba —manifestó—. Anda, vete; no quiero que digas de mí que soy un individuo sanguinario. Hice una promesa y la he cumplido. Pero no repitas a nadie lo que hemos hablado o te arrojaré al satélite diurno.

Ryssord se estremeció.

—Callaré, Excelencia —aseguró.

Markovior quedó solo. Momentos después, se ponis en comunicación con Vitrubius, por medio de una línea reservada.

—General, tengo entendido que en su Estado Mayor figura una mujer —dijo.

—Cierto. Mi secretaria, Ada Qazzar.

—De confianza, presumo.

—Absoluta, Excelencia.

—Muy bien. Envíela a mi residencia oficial. Luego cuando hablemos personalmente, le explicaré en qué va a consistir el trabajo de su secretaria.

—Ahora mismo le transmitiré sus deseos —contestó Vitrubius.

* * *

El hombre que estaba afeitándose frente al espejo era alto, musculoso y bien parecido todavía, a pesar de rondar el medio siglo. De pronto, oyó un ruido en la sala y abandonó el baño.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó—. Si ha venido a robar…

—¿Robar? —Kartner lanzó una corta carcajada—. No soy un ladrón, Jan Kippus.

—Su cara me es conocida —dijo Kippus pensativamente.

—Con toda seguridad, Fanny Frankle le habrá enseñado alguna fotografía mía. Pero a fin de evitarle un dolor de cabeza, le diré mi nombre: Alexander Kartner.

—¡Kartner! —repitió el financiero mecánicamente.

—Sí, señor Kippus. ¿Debo decirle que estoy a punto de frustrar el más fabuloso negocio que haya ideado jamás usted?

Kippus tiró la toalla que aún tenía en las manos, un gesto de rabia.

—Voy a llamar a la policía…

—Es inútil. El ruido que le hizo salir del baño fue debido al tirón que ha causado la rotura del cable del videófono.

Kippus inspiró con fuerza.

—Kartner, tengo dinero, mucho dinero —dijo, insinuante.

—No —contestó el joven—. El dinero no lo es todo en el mundo.

—Entonces, ¿qué diablos quiere?

Kartner rió de nuevo.

—Ya se lo he dicho: hacerle saber que su negocio se irá al diablo. Y usted puede pasarlo muy mal, si no abandona sus propósitos y se vuelve a la Tierra.

Kippus se sentía atónito. Kartner avanzó unos pasos en sentido lateral y abrió una puertecita que había en una de las paredes de la sala.

—Da a las habitaciones de Fanny Frankle, su socio en este asunto —dijo—. Es un medio muy conveniente para celebrar determinadas entrevistas sin testigos.

—Kartner, juro que le haré pagar…

—Fanny es quien, en realidad, manda en la Brigada Vitrubius. Y usted es el dueño del «Energyl-10». Una combinación fascinante, ¿verdad?

Kippus se había quedado sin habla. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Kartner había salido ya de la habitación.

Al cabo de unos segundos, Kippus reaccionó y corrió hacia el videófono. No, Kartner no le había mentido; el cable estaba roto.

De repente, oyó pasos a través de la puerta abierta Fanny acababa de llegar a su *suite*.

—¡Fanny! —gritó Kippus, mientras cruzaba la puerta como una tromba—. Kartner ha estado aquí. Lo sabe todo, todo…

Una chispa de ira brotó de los ojos de la joven.

—Jan, tenemos que deshacernos de él, antes de que sea demasiado tarde —exclamó, llena de furia.

* * *

Kartner oyó la llamada y se levantó para abrir.

—Hola, Felicia —saludó—. ¿De dónde vienes?

—No soy Felicia —dijo ella sorprendentemente, mientras cruzaba el umbral.

Kartner cerró.

—¿Has tomado una copa de más? —preguntó, ceñudo.

La joven vestía un traje de una sola pieza, ceñido por un ancho cinturón, rematado en una gran hebilla de metal.

—Te lo voy a demostrar ahora mismo —contestó.

Y se quitó el cinturón.

—¡Rayos! —exclamó Kartner, pasmado.

En un instante, Felicia Shull se había convertido en Ada Qazzar.

—Pero, ¿cómo diablos…?

Ella le enseñó el cinturón.

—Me lo ha entregado Markovior —dijo—. Es un cinturón psicofísico. La persona que lo usa puede adoptar la identidad que desee, aunque sin cambiar de sexo. Markovior me ha encomendado que simule pasarme por Felicia, a fin de conseguir informes.

—¿Qué clase de informes?

—El paradero de Azurya. Markovior opina que tú lo conoces. Yo no quiero traicionarte, Alex; no me gustan los planes de esa gente. Pretenden asesinarte…

Kartner asintió pensativamente.

—No estaba mal ideado —murmuró—. Y te ha enviado aquí, porque suponía que yo estaría en la residencia privada de Felicia,

—Exactamente, Alex.

—Está bien…

La puerta se abrió de pronto.

—¡Alex! —gritó—. ¿Qué hace aquí esta mujer?

El joven sonrió.

—Ada, explícaselo de un modo práctico —dijo.

Una segunda Felicia apareció de pronto en la estancia. La auténtica lanzó una exclamación de asombro.

—Un cinturón psicofísico —dijo.

—Justamente. Ada, termina tú las explicaciones —indicó Kartner, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. Yo voy a buscar a Azurya.

Felicia se volvió vivamente.

—¿Cómo? ¿Sabes dónde está? —preguntó.

—Ada me ha dado la idea para encontrarla —contestó él, mientras cruzaba el umbral.

Ada asintió. Luego dijo:

—Tengo grabada la conversación que hace pocos días sostuvieron en el Metropole Fanny Frankle y el general Vitrubius. Le aseguro que dijeron cosas muy interesantes.

* * *

Shelleen sonrió al ver entrar a Kartner.

—¿Tomamos una copa juntos? —propuso ella.

—Encantado —accedió el terrestre—. Pero no aquí, en medio del tumulto.

Ella hizo aletear sus pestañas.

—En un lugar donde podamos estar solos —dijo.

—Exacto.

—Muy bien, aguarda un momento.

Shelleen llamó a una camarera y le dio orden de enviar una botella y dos vasos. Luego se colgó del brazo de Kartner.

—Vamos, querido —dijo.

—Estoy enfadado contigo —declaró él.

—¿Por qué? ¿He hecho algo malo?

—Te marchaste de Zymor...
—Ya había cumplido con mi parte, ¿no?
Entraron en el reservado. La camarera vino a poco, Heno dos copas y se marchó.
Kartner cerró con llave. Shelleen levantó su copa.
—Por un hombre audaz y valeroso —dijo.
—Yo brindo por Su Majestad la reina Azurya —exclamó él.
—Merece la pena beber una copa a su salud —sonrió la joven.
—Pero no en este lugar. No es el adecuado para una reina.
Ella se puso seria de repente.
—¿Qué tratas de decirme? —preguntó.
Kartner dejó la copa sobre la mesa. Luego se acercó a ella y soltó la hebilla de su cinturón.
La joven lanzó un grito:
—¡No...!
Pero ya era tarde. En lugar de la mujer de pelo rabiosamente amarillo y cara pintarrajeada, había una hermosa joven, de facciones delicadas y cabello intensamente negro.
—No debiste hacerlo, Alex Kartner —dijo Azurya con severidad en el acento.
—Sólo quería comprobar una hipótesis —respondió él—. Pero si yo he podido enterarme de que Su Majestad usa un cinturón psicofísico, ¿no cree que Markovior puede hallarse ya en las mismas condiciones?
—Sí, es cierto —admitió ella, repentinamente desanimada.
—Y, me parece, un cinturón psicofísico no es cosa que se venda como el pan, ¿verdad?
—Hasta ahora, sólo se han fabricado siete. Yo tengo uno, pero es de suponer que Markovior conocerá el paradero de los seis restantes.
—Bien, en tal caso, ¿por qué no adopta Su Majestad otro aspecto? —sugirió Kartner.
—¿Cuál me recomienda usted?
Kartner reflexionó unos momentos.
De pronto, creyó haber dado con la solución.
—Markovior ha encomendado a una joven la consecución

de ciertos informes —dijo—. Iremos a verla, para que Su Majestad pueda conocerla, y tomará su aspecto. De este modo, podrá enfrentarse directamente con el traidor, sin que él lo sepa hasta el último momento. ¿Podría conseguir yo una fotografía de Thurstad, el jefe de Policía?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, no se hable más. Vamos.

Kartner abrió la puerta. Voces humanas llegaron hasta sus oídos.

—El hombre a quien buscan está en el siete —dijo la camarera, al pie de la escalera que conducía a la planta en la que se hallaban los reservados.

Kartner volvió la cabeza. El número que había sobre la puerta era justamente el señalado.

CAPITULO XII

—Vienen a buscarme —dijo por encima del hombro.

Azurya se puso pálida.

—Los esbirros de Markovior...

—Quizá, no, pero en todo caso, no hay duda de que quieren liquidarme.

Kartner asomó la cabeza un poco. Dos hombres subían la escalera, comprobando la carga de sus pistolas vibrantes.

—Adentro, Majestad —susurró—. Creo que voy a hacer un poco de ruido.

Kartner sacó una de sus microbombas y la arrojó pasillo adelante. Luego se replegó al reservado.

Sonó una atronadora explosión. Dos cuerpos humanos volaron por los aires hechos pedazos. Un par de tabiques se derrumbaron con atronador estrépito.

En la taberna sonaban gritos de espanto. Kartner agarró la mano de Azurya y tiró de ella.

—Por aquí —gritó.

El pasillo estaba lleno de humo. Kartner corrió hacia una ventana, situada al final, la abrió y, agarrando a la joven por la cintura, la suspendió en el vacío.

Se inclinó hacia afuera. Alternó rápidamente las dos manos, a fin de sujetar a Azurya por la cintura. De este modo, los pies de la mujer quedaron a un metro del suelo.

Azurya saltó sin dificultades. Kartner no se molestó en descolgarse, simplemente, apoyó una mano en el antepecho y saltó ágilmente a través del hueco.

Azurya le contempló con ojos brillantes.

—Es usted invencible —declaró.

—Poco a poco —rió Kartner—. Como dijo un amigo mío, «la batalla está por empezar».

Corrieron velozmente. De pronto, vieron a un nutrido grupo de policías en las inmediaciones del lugar donde Kartner había estacionado el aeromóvil.

Kartner usó la pistola liberalmente, provocando una serie de explosiones atronadoras, que dispersaron al grupo de guardias en el acto. Aprovechando la ocasión, corrieron al vehículo, se sentaron en los asientos y arrancaron a toda velocidad.

Un aeromóvil policial les siguió en el acto. Kartner lo vio a través del retrovisor. Pasó los mandos a Azurya y, asomando medio cuerpo fuera de la ventanilla, disparó un proyectil paranuclear.

La bala alcanzó su blanco. Hubo un fogonazo, se oyó un tremendo estampido y luego los restos del vehículo empezaron a caer desparramados por todas partes.

—¡A casa! —gritó él alegremente.

Pero Azurya no parecía sentirse satisfecha.

—Unos hombres inocentes..., han tenido que morir por mi culpa... —se lamentó.

—La culpa, en todo caso, es de los ambiciosos que arrebataron el trono a Su Majestad —respondió Kartner

Cuando llegaron a casa de Felicia, se encontraron con una terrible sorpresa.

Ada yacía en el suelo. Su cuerpo parecía intacto, pero Kartner adivinó en el acto que la joven estaba deshecha por dentro. El impacto de la pistola vibrante era claramente visible en el centro de su pecho.

Felicia había desaparecido. De pronto, sonó el videófono.

Kartner, repuesto en parte de la impresión sufrida, se acercó al aparato y dio el contacto.

El rostro de Markovior apareció en la pantalla.

—¿Kartner? —dijo.

—Sí. Usted es Markovior, supongo.

—Exactamente. Voy a hacerle una proposición, Kartner: usted, a cambio de Felicia.

—La matará si no acudo a verle ahora mismo.

—Lo ha adivinado. No va a permitir que muera, ¿verdad? —Markovior lanzó una carcajada de triunfo—. Esta vez no me pillará desprevenido, se lo aseguro.

—Sería tonto si permitiese que lo derrotase por segunda

vez —dijo el joven—, Pero todavía tengo una carta en la manga.

—Se equivoca. Si se refiere al cinturón psicofísico que lleva Azurya, le diré que su constructor ha lanzado una emisión que anula sus efectos. Azurya puede seguir escondiéndose, pero tarde o temprano la encontraré. Aunque no sé por qué, me imagino que no debe de andar muy lejos del lugar donde se encuentra ahora, ¿verdad?

Impulsivamente, Azurya dio un paso adelante y se situó en el campo del objetivo de la cámara.

—Aquí estoy, traidor —exclamó—. Me has arrebatado mi puesto con malas artes; cientos de personas han muerto por tu causa y la indignidad ha descendido sobre Neryd. Pero lo pagarás muy caro…

Markovior lanzó una estridente carcajada.

—Ahora cobraré dos piezas por el precio de una —dijo—. Los dos tienen una hora de tiempo para venir a la residencia de Thurstad. Como jefe de policía, está todavía más protegida que la mía. Y su «Thits» es el doble de grande que el que yo tenía. ¿Entienden lo que quiero decir?

Kartner asintió.

—Dentro de sesenta minutos nos tendrá usted ahí, Markovior —aseguró.

* * *

—Nos matará a los tres —exclamó Azurya, cuando la comunicación se hubo cortado—. Markovior no respetará su palabra…

—¿Acaso ha pensado Su Majestad que yo he creído ni por un momento en lo que ha dicho ese bergante? —contestó Kartner—. Está bien, los cinturones psicofísicos no sirven ya, pero todavía guardo algunas cartas en la manga.

—¿Cuáles son sus proyectos, Alex?

—Dentro de unos momentos los conocerá —repuso.

Se acercó al videófono y marcó una cifra. Habló unos minutos y, al terminar, se volvió hacia Azurya.

—Necesito saber el emplazamiento exacto de la residencia

de Thurstad —solicitó.

—Puedo darle las coordenadas —respondió ella.

—Magnífico —sonrió Kartner.

Momentos después, usaba un transmisor de radio del tamaño de su pulgar.

—¿Coronel Ribbon?

—¡Por fin! Creíamos que se había muerto, Kartner…

—Tengo el pellejo duro, señor —sonrió el joven—. ¿Se han aburrido mucho estos días?

—Hasta la saciedad. Oiga, si esto sigue así por mucho tiempo, nos oxidaremos, se lo aseguro.

—Está bien, coronel, deseche sus temores. Ha llegado ya la hora de pasar a la acción. Ejecute el plan DT, ¿entendido?

—Sí, de acuerdo. ¿Cuánto tiempo?

—Dispone usted de cincuenta minutos, ni uno más. El plan se ejecutará en el punto señalado por las coordenadas 00-4 y GN-19.

—Entendido, ¿Eso es todo, Alex?

—Todo, señor.

—De acuerdo. Empezaremos a actuar dentro de cuarenta y nueve minutos justos.

Kartner cortó la comunicación. Azurya le miró con curiosidad.

—¿Qué significado tienen las iniciales DT? —preguntó.

—Tétrico —contestó él—. «Degollina de traidores.»

Ella se puso seria.

—Es lo que se merecen —aseguró—. ¿Vamos?

—Si, en marcha.

Subieron al aeromóvil. Un cuarto de hora más tarde, el vehículo se detenía frente a una enorme puerta de metal, que constituía la solución de continuidad en un muro de quince metros de altura y dos de espesor.

Thurstad era más previsor que Markovior. A trechos, había torretas de vigilancia, de las que salían unos largos y finos cañones, de una especie desconocida para Kartner.

—¿Qué proyectiles disparan esos cañones? —preguntó.

—Bombas solares —respondió Azurya—. Al explotar,

provocan un fuego de varios miles de grados, que abrasa instantáneamente cuanto hay en un radio de ciento cincuenta metros. No obstante, tiene la ventaja de que no deja residuos radiactivos.

—¿No hay cotraarma?

—La única contraarma posible sería inutilizar la central de tiro. O por lo menos, la central de energía. Esos cañones no se pueden disparar manualmente.

—¿Quizá por baterías? —sugirió Kartner.

—Es posible, pero, en este caso, todavía no las han instalado.

—Lo que significa que Thurstad es un tipo imprevisor. ¿Dónde está la central de tiro?

—Arriba, en la torre que remata el edificio central —contestó Azurya.

Pero eso no era todo, apreció Kartner de una simple ojeada. Rodeando por completo el extenso recinto, se veía una enorme muchedumbre de soldados, armados hasta los dientes y en actitud expectante.

—La Brigada Vitrubius —murmuró.

—Al completo, parece —observó ella.

—No. Yo diría que faltan un par de batallones que, seguramente, habrá dejado en reserva. Vitrubius no es tan tonto como para lanzar de golpe todas sus fuerzas a la batalla. Pero, aun así, esos tres o cuatro batallones que se ha traído consigo, son una fuerza más que respetable.

Azurya asintió.

—Bien, ¿nos entregamos? —dijo, con un suspiro.

—No hay otro remedio —declaró Kartner—. ¡Adelante!

El aeromóvil se posó en el suelo, frente al gran portón. Los soldados de Vitrubius les apuntaban recelosamente con sus armas.

Varios soldados nerydianos salieron a través de la puerta, en actitud no demasiado acogedora. Kartner se dirigió a ellos resueltamente:

—¡Bajen las armas! ¿No ven que su reina está aquí?

Azurya se apeó del vehículo en aquel momento,

apoyándose en el brazo que le tendía el terrestre.

—Paso —dijo simplemente.

Los guardias se abrieron en dos filas, visiblemente desconcertados. Kartner y Azurya caminaron a lo largo del sendero central que conducía a la residencia.

El jardín era muy extenso, aunque uno de sus sectores estaba completamente desprovisto de vegetación. En el centro de aquel sector se veía un enorme disco de vidrio horizontal, de más de treinta metros de diámetro.

s

Las mandíbulas de Kartner crujieron cuando vio a Felicia atada a un poste hincado en el suelo, a menos de diez pasos de distancia del gigantesco disco de vidrio.

CAPITULO XIII

—El disco de vidrio es una cubierta. Debajo se halla un monstruo idéntico al que tú mataste en casa de Markovior. Pero éste es de un tamaño doble, por lo menos —explicó Azurya.

—¿Cómo permiten que una persona tenga en su casa semejantes fieras? —se indignó Kartner.

—Esos monstruos existen en una zona pantanosa, situada muy al norte de la capital. Su tamaño, por lo general, no sobrepasa los tres o cuatro metros, pero los que hay aquí, son el resultado de experimentos genéticos, a fin de hacerlos mucho más grandes.

—Caprichos de demente, porque eso no lo tendría en su casa una persona que estuviese en su sano juicio —masculló el terrestre.

Ya estaban cerca de la casa. De pronto, dos hombres salieron a la entrada principal.

—Majestad —dijo Markovior.

Thurstad se limitó a una simple inclinación de cabeza. Kartner lo contempló un instante y sintió hacia él una enorme antipatía. Thurstad era un tipo de rostro sebáceo y ojillos saltones, de unos cincuenta y tantos años y vestido con un lujo inusitado. Pero, a pesar de todo, podía advertirse claramente que era un simple monigote en manos de Markovior.

—Ah, todavía me consideras como reina —dijo Azurya sarcásticamente—. Creí haber escuchado la noticia de mi destitución.

—Te he dado un título honorífico —contestó Markovior sin inmutarse.

—Los títulos son lo de menos ahora. Suelta a mi prima —ordenó Azurya con acento seco.

Markovior hizo un gesto negativo.

—No lo haré —dijo—. En cuanto al terrestre que la acompaña, está sentenciado a muerte.

—Dijiste que respetarías nuestras vidas...

Markovior se volvió hacia el otro.

—¿He dicho yo algo semejante, Thurstad? —consultó.

—No he oído nada, Excelencia —respondió el aludido servilmente.

Kartner echó un vistazo a su reloj.

—Muy bien —dijo—. De todas formas, si ha hablado de una hora de plazo. Por tanto, exijo que se respeten nuestras vidas durante los treinta y cinco minutos que restan de ese plazo.

—Nada más lógico —accedió Markovior—. Pero creo que en casa estaremos mejor.

Tres o cuatro guardias salieron y registraron a Kartner cuidadosamente, desposeyéndole de su pistola. Pero a ninguno de ellos se le ocurrió registrarle la manga derecha de su blusa, bajo la que escondía el estilete que se disparaba por medio de un potente muelle y que ya había usado una vez con mortíferos resultados.

—Está bien, entren —ordenó Markovior.

Kartner dirigió una mirada a Felicia, antes de cruzar el umbral. La joven parecía muy abatida y ello le hizo sentir una vivísima cólera. «Te ajustaré las cuentas, cochino traidor», pensó, dirigiéndose mentalmente a Markovior.

Thurstad llenó unas copas. Markovior sonrió.

—El último brindis —dijo.

—¿Para usted o para nosotros? —preguntó Kartner.

—Para la reina y para usted —respondió el traidor—. Después, el siguiente brindis se efectuará a la salud de Eguth I Markovior, rey de Neryd.

—Ah, Eguth es el nombre.

—Sí, aunque por ahora no es un detalle de importancia. Esperaré a que se cumpla el plazo fijado; luego arrojaré a los tres al pozo de «Thits». Y unos minutos más tarde, se efectuará mi proclamación como rey —declaró Markovior altaneramente.

—¿Cómo rey o como barrendero de palacio? —preguntó el joven irónicamente.

—Kartner, si no estuviera seguro de que va a morir dentro de poco, no le toleraría una broma tan estúpida —dijo Markovior de mal talante.

—No es una broma, Eguth. Suponiendo que vivas —le tuteó de repente—, acabarás como barrendero. O limpiando las letrinas.

Azurya se puso una mano en la boca para no lanzar una carcajada. Markovior aparecía muy furioso.

—Estás diciendo tonterías...

—Repito que no serás rey —insistió el terrestre—. Hay dos personas más que tienen interés en ocupar ese puesto y, aunque no sé cuál de las dos ganará, sí puedo decirte que ninguno de ellos permitirá que Markovior suba al trono de Neryd.

—¿Quiénes son esas personas? —aulló Markovior, ebrio de ira, porque presentía la verdad en las palabras del terrestre.

De repente, un oficial que se hallaba en las inmediaciones de la puerta anunció:

—Excelencia, el general Vitrubius.

* * *

Vitrubius avanzó con paso seguro y sonrisa insolente, hasta llegar al centro de la estancia.

—Hola —dijo—. ¿Por qué siguen vivos todavía estos dos?

—Aún nos queda media hora de vida —sonrió Kartner—. Es el plazo señalado por Su Excelencia.

—Bueno, no tiene demasiada importancia. Lo que sí la tiene es el tratamiento que acaba de aplicarle y que es completamente inadecuado.

—¿Qué está diciendo, general? —rugió Markovior—, Soy...

—Eguth, el general es una de las dos personas que aspiran a coronarse rey de Neryd —dijo Kartner.

Vitrubius se volvió hacia el joven.

—El único —dijo altaneramente—. Nadie más que yo será rey de este planeta.

—¿Está seguro, general?

Markovior dio un paso hacia adelante.

—Ahora mismo ordenaré que lo fusilen, general —exclamó.

—No puede dar ninguna orden —rió Vitrubius—, Su guardia ha sido ya eliminada.

Markovior miró hacia la puerta. Al otro lado de la misma,

divisó los pies de un hombre caído en el suelo.

Era el oficial que había anunciado la visita de Vitrubius. Markovior se puso pálido.

—He sido juguete…

—Claro que sí, tonto —le apostrofó Kartner duramente—. ¿Cómo podía esperar que un hombre como Vitrubius se contentase con su simple soldada de mercenario, aunque alcanzase las cifras correspondientes a su rango?

Markovior lanzó una imprecación:

—General, le voy a…

Un chasquido interrumpió sus palabras. Markovior lanzó un débil grito y se derrumbó, destrozado su cuerpo interiormente por los terribles efectos del proyectil vibrante.

Thurstad se apresuró a realizar una profunda inclinación.

—Majestad, mi rey y señor —dijo aduladoramente.

Vitrubius rió satisfecho.

—Así me gusta —exclamó—. Thurstad, si sigues como hasta ahora, no dejarás tu puesto de jefe de Policía. Claro que yo supervisaré directamente tus actividades; como puedes comprender, no voy a permitir que me gastes una jugarreta.

—Seré fiel y leal, Majestad —aseguró Thurstad.

—Pero, ¿de qué están hablando? —se encolerizó Azurya—. Ni uno ni otro ocuparán los puestos que mencionan, porque yo los destituyo desde este mismo instante. En cuanto a usted, general, será detenido y juzgado por asesinato.

—Y, ¿quién obedecerá tus órdenes, preciosa? —exclamó Vitrubius desvergonzadamente—. ¡Coronel Uddall! —llamó de pronto.

Un oficial de mercenarios entró en la estancia.

—General —saludó.

—Coronel, haga que se lleven esos despojos. Después, vuelva aquí para recibir instrucciones.

—Sí, señor.

Momentos más tarde, cuatro mercenarios se llevaban el cadáver de Markovior. Vitrubius sonreía satisfecho.

—Thurstad, he oído hablar de esos pulpos con tenazas de langosta gigante, pero nunca los he visto. Creo que tienes un

magnífico ejemplar en tu residencia, ¿no es así?

—Sí Majestad; y precisamente teníamos una prisionera dispuesta para una demostración —contestó Thurstad, sin abandonar ni por un instante su actitud abyectamente servil—. Esa palanca que ve ahí —la señaló con una mano—, servirá para que se abra la compuerta que guarda…

—Basta, es suficiente —cortó Vitrubius—. He oído hablar mucho del apetito devorador de esos bichos y creo que hoy le proporcionaremos un buen banquete.

Y al hablar así, miraba malignamente a la pareja.

Pero Kartner no se inmutaba.

—Se hace usted demasiadas ilusiones, general —dijo—, ¿Cómo podía suponer que su accionista principal le dejase la principal tajada de este negocio?

Vitrubius frunció el ceño.

—¿Te refieres a Fanny Frankle? —preguntó.

—Exactamente, me refiero a la que tiene intenciones de proclamarse futura reina de Neryd.

—Entonces, ésa es la segunda persona que mencionaste antes —dijo Azurya.

—No —contradijo Kartner—. Si todo les saliera bien, Fanny sería reina por su matrimonio con Jan Kippus. Este es el otro que quiere ser rey del planeta.

—¡Kippus! —tronó Vitrubius—. Condenado traidor…

—Se está calificando a sí mismo, general —dijo Azurya burlonamente—. Si cree que Kippus y Fanny le iban a traicionar, ¿qué era lo que pretendía hacer usted con ellos?

Vitrubius dio un paso y se acercó a Kartner.

—Tendrás prueba de lo que dices —barbotó.

—Una grabación de cierta conversación que sostuvieron ellos y que me pasó Ada, la secretario que luego fue asesinada, porque, como suele decirse, sabía demasiado.

Las manos de Vitrubius se abrieron y cerraron espasmódicamente.

—Pero, ¿con qué fuerzas cuentan para conseguir sus propósitos? ¿Saben siquiera si el pueblo nerydiano les aceptaría, aunque me derrotasen a mí?

—Kippus tiene el monopolio de «Energyl-10»

—Un arma muy eficaz —reconoció Vitrubius—. Pero, en cambio, les falta la fuerza. Todavía mando una brigada de soldados duros y valerosos.

—¿Está seguro, general? —sonrió Kartner.

—¿Puedes dudarlo, estúpido?

—El sesenta por ciento de las acciones que componen el fondo financiero de la Brigada está en manos de Fanny. Kippus tiene, al menos, de un quince a un veinte por ciento. ¿Qué podrían hacer los restantes accionistas, entre los que se incluye usted, sólo con un escaso ocho por ciento, si acuerdan destituirle y nombrar otro comandante de la Brigada?

Vitrubius se quedó con la boca abierta.

—¿Es... eso lo que piensan hacer? —preguntó.

—Sí, general.

—¡Y dijeron que me harían mariscal de Neryd! —exclamó Vitrubius, repentinamente furioso—. Pero, por muchos planes que se hayan trazado, todavía sigo mandando en mis soldados. ¿Me oyes, Alex Kartner?

El joven seguía sonriendo.

—Sospecho que en estos momentos no hay un solo soldado dispuesto a obedecer sus órdenes, general —contestó.

De repente, se oyó en el exterior una estridente voz, amplificada por una poderosa batería de megáfonos:

—¡Soldados! A partir de este momento, el coronel Uddall, a quien asciendo a general, es el comandante de la Brigada. El general Vitrubius ha sido destituido y, para mostraros mi agradecimiento por vuestra cooperación, aumento la soldada en cincuenta UIM diarias.

Un enorme griterío llegó hasta la estancia. Vitrubius se puso pálido.

—¿Lo ve usted, general? —dijo Kartner—, La que acaba de hablar es Fanny Frankle. Estoy seguro de que Kippus está a su lado

Vitrubius desenfundó su pistola y corrió hacia la entrada.

—¡Alto ahí...! —empezó a gritar, pero, de repente, tableteó una ametralladora y su poderoso pecho quedó acribillado a

balazos.

Un bramido de cólera brotó de la garganta de Vitrubius. Una segunda ráfaga le destrozó el cuello y, entonces, se desplomó, muerto ya antes de tocar el suelo.

Fanny y Kippus hicieron su aparición. Fanny empuñaba todavía la metralleta con la que acababa de asesinar a Vitrubius.

—Hola, Alex —saludó con cínica sonrisa—. ¿Qué tal, ex reina de Neryd?

Azurya se irguió.

—Sobra el «ex» —dijo—. Todavía sigo siendo la reina de este planeta.

CAPITULO XIV

Fanny lanzó una burlona carcajada.

—¿Has oído, Jan? —exclamó.

—Lástima, es tan bonita —suspiró Kippus con fingida lástima.

—Majestad...

Fanny se volvió hacia Thurstad.

—Ah, eres tú —dijo.

—Sí, Majestad, vuestro incondicional servidor —contestó el jefe de Policía—. No tienes más que mandarme y obedeceré.

—Ten cuidado, Fanny —advirtió Azurya—. Thurstad es un tipo acomodaticio, tan sinuoso como una serpiente y tan repugnante como el estiércol.

—Hace unos momentos, rendía acatamiento a Vitrubius, de un modo abyecto —dijo Kartner—. Está dispuesto a hacer lo mismo con cualquiera que se autoproclame rey y le traicionará en cuando vea que otro tiene mayores probabilidades.

—Majestad, para probar mi lealtad, estoy dispuesto a indicarte la forma en que puedes ejecutar con mayor diversión a los prisioneros. Esa palanca es la que acciona el mando de apertura de la cubierta donde está encerrado el monstruo.

Fanny volvió los ojos hacia la palanca mencionada, situada en un panel adosado a la pared más próxima.

—Será divertido, en efecto —dijo.

—Claro, Felicia, Azurya y yo moriremos. La brigada de mercenarios os obedece a los dos y, por si fuera poco, en Neryd no habrá otro «E-10» que el que importe Kippus de la Tierra —afirmó Kartner.

—Una deducción muy acertada —convino Kippus tranquilamente.

—Es la única forma de derrotar a Wassperdyck, ¿verdad? Su «E-10» es infinitamente mejor y, además, estaba dispuesto a suministrarlo a un precio treinta por ciento inferior al que se

percibe actualmente. Usted, lógicamente, no estaba dispuesto a dejar escapar tan magnífico negocio.

— ¡Cuánto sabe! —exclamó Kippus burlonamente.

Kartner consultó su reloj. Todavía faltaban cuatro o cinco minutos para la hora acordada con el coronel Ribbon.

—He trabajado mucho para llegar a esas conclusiones — respondió—. Y puedo advertirles una cosa: aunque nos maten a los tres, ninguno conseguirá disfrutar del resultado de unos planes largamente trazados.

—En todo caso, no lo verás —intervino Fanny—. Pero, ¿qué harían en Neryd sin suministro de «E-10»? Tanto él satélite luminotérmico como el térmico se agotarían dentro de pocos meses y el hielo recubriría la superficie del planeta. No tienen otro remedio que aceptarnos como reyes, Alex, te guste o no te guste.

—Suponiendo que sigáis con vida dentro de un cuarto de hora —dijo el joven, impasible.

—No hay ni rastro de Ribbon —contestó Fanny despreciativamente—. Y, además, ¿qué iban a conseguir doscientos hombres contra seis mil?

—¿Tienes deseos de verlo?

Fanny hizo un gesto de indiferencia.

—Thurstad —llamó.

—Sí, Majestad —contestó el interpelado en el acto.

—Estos dos deben morir inmediatamente, junto con la mujer que hay en el patio.

—Desde luego. Majestad.

Thurstad salió fuera y llamó:

—¡General Uddall!

El nombrado acudió rápidamente.

—Tome los hombres que sean precisos y sitúe, atados de pies y manos, a los prisioneros junto al poste donde está la otra mujer —ordenó Thurstad.

Uddall vaciló. A través de la cubierta de vidrio, vio al terrible monstruo que se hallaba en el pozo y sentía horror sólo de recordar su espantoso aspecto.

—¡Obedezca, general, o usted les hará compañía! —gritó

Fanny.

Uddall se rindió.

—Sí, señorita Frankle...

—Dele el tratamiento debido, general —dijo Kartner de buen humor—. Ahora es la reina de Neryd.

Uddall miró desconcertado a derecha e izquierda.

—Sí, ha oído bien —confirmó Fanny—. Y usted es el general comandante de la brigada, que ahora es el ejército permanente de Neryd. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí..., sí, señora... digo, Majestad...

Uddall salió.

Había algo que no le gustaba. Era un luchador, había nacido para la guerra, pero le gustaba la lucha franca, en leal combate, no le importaba quién fuera el adversario. Sin embargo, arrojar a tres personas al pozo del monstruo era algo que le revolvía el estómago, por muchos beneficios que pudiera obtener de su acción.

De repente, se oyó un lejano zumbido.

—Es la hora —murmuró, con los ojos clavados en el rostro de Azurya.

Fanny corrió hacia el exterior.

—¿Quiénes nos atacan? —gritó.

* * *

Media docena de pequeñas astronaves volaban raudamente hacia aquel lugar. De repente, se oyó una descarga.

La torre de control de tiro voló en mil pedazos a los primeros impactos de las balas paranucleares disparadas por las ametralladoras de grueso calibre de las astronaves. Otra serie de descargas hizo saltar por los aires todas las torretas donde estaban emplazados los cañones solares.

Las naves sobrevolaron el recinto, rodeándolo una y otra vez, mientras disparaban continuas descargas en las proximidades de los mercenarios, para impulsarlos a la rendición. Loca de ira, Fanny se volvió, con la metralleta a punto, pero unas manos poderosas se la arrebataron.

—Tu efímero reinado ha concluido ya —dijo Kartner,

severo.

Kippus parecía anonadado. De repente, Fanny, lanzando un terrible chillido, corrió hacia la palanca y la bajó.

A Kartner se le pusieron los pelos de punta. Olvidado de todo, corrió hacia el exterior. Felicia chillaba desesperadamente.

La cubierta de vidrio estaba compuesta de dos hojas, que ya se abrían lentamente. Kartner se dio cuenta de que no tendría tiempo de desatar a la joven.

Sólo había un recurso: se abrazó al poste con todas sus fuerzas y tiró hacia arriba.

Se oyó un crujido. Kartner redobló sus esfuerzos.

Un hombre corrió a unírsele. Era Uddall.

—Gracias, general —jadeó Kartner.

—Me dieron una orden repugnante —dijo Uddall.

Vagamente, Kartner entrevió un nutrido grupo de hombres que descendían de las alturas, descolgándose de las astronaves, mediante sus propulsores individuales. Con el último esfuerzo, consiguieron arrancar el poste y echaron a correr inmediatamente.

Maine tocó tierra. Se quitó el propulsor y corrió también hacia la casa, seguido de Favre y de Torres.

Kartner y Uddall llegaron a lugar seguro.

—Coronel, dé orden a sus hombres de que depongan las armas o se producirá una matanza —dijo el joven.

De repente, Thurstad echó a correr, loco de pavor. Cruzó el patio, haciendo revolotear sus largas vestiduras, pero no se dio cuenta de que el pozo del monstruo estaba ya abierto de par en par.

Un colosal tentáculo, al extremo del cual había una pinza de casi cuatro metros de largo, serpenteó en el aire. La pinza alcanzó al fugitivo y se cerró bruscamente.

Thurstad empezó a gritar, pero se calló casi en el acto, cuando la enorme pinza le partió en dos de un solo golpe. Dos mitades de un cuerpo humano fueron arrastradas luego hacia el pozo, dejando un ancho rastro de sangre en el suelo.

Kartner, olvidado de todo, se esforzaba por desatar a

Felicia. La joven estaba tendida en el suelo, junto con el poste al cual continuaba ligada. Azurya le ayudaba con su mejor voluntad.

Pero habían olvidado algo. De repente, Kartner oyó un rugido de cólera:

—¡Maldito entrometido! Te voy a...

Kartner alzó la cabeza. A diez pasos de distancia, Kippus le apuntaba con una pistola.

Enloquecida de rabia, Fanny gritó:

—¡Mátalo, mátalo!

De repente, algo centelleó en el aire, silbando agudamente. Kartner apenas si tuvo tiempo de ver una hoja de acero, que giraba velocísimamente sobre sí misma en sentido helicoidal, a la vez que se desplazaba hacia adelante.

El machete de Torres alcanzó un cuello humano. Una cabeza, separada de su tronco, voló por los aires. Del cuello decapitado brotaron dos rojos surtidores.

Pero el mortal viaje del machete no había terminado aún. Medio segundo más tarde, su mortífero filo segó una segunda garganta.

Kippus y Fanny rodaron por el suelo. Atónito, Kartner vio que el machete, tras su vuelo decapitador, volvía a la mano de su dueño.

Torres sonrió de un modo peculiar.

—Efecto *boomerang* —dijo—, Claro que con la ayuda de un motorcito oculto en el mango.

Maine avanzó hacia su amigo y le puso la mano en el hombro.

—Estás bien, supongo —sonrió.

Kartner hizo un gesto de asentimiento. Terminó de soltar a Felicia y la ayudó a ponerse en pie. Ella, desfallecida, se colgó de su cuello, incapaz de pronunciar una sola palabra.

De pronto, se oyeron fuera unas fuertes detonaciones.

Ribbon entró momentos después.

—Hemos destruido el monstruo —anunció.

Azurya avanzó hacia el recién llegado.

—Le doy las gracias, coronel —dijo—. Para usted y sus

hombres, si lo desean, siempre habrá un puesto en Neryd.

Ribbon se inclinó profundamente.

—Será un honor servir a Vuestra Majestad —contestó con respeto.

—Pero, no entiendo..., ¿cómo atacaron tan oportunamente la central de tiro? —exclamó Azurya, perpleja.

—Escuchamos todo lo que Su Majestad y Kartner hablaban, mientras se dirigían hacia aquí —explicó Ribbon—, Naturalmente, usábamos una onda especial, no interferible.

Azurya se volvió hacia Kartner.

—Mi prima sabía bien lo que se hizo cuando fue a alistarse a la unidad de mercenarios del coronel Ribbon —dijo sonriendo.

—Fue un magnifico agente al servicio de Su Majestad —contestó Kartner.

* * *

—Esto se ha terminado ya —dijo Azurya pocos días después—, ¿Te vuelves a la Tierra, Alex?

—Con el permiso de Su Majestad...

—Lo tienes, pero habrás de ser mi agente en la firma del contrato de «Energyl-10» con Wassperdyck.

—Acepto encantado, Majestad, pero... ¿puedo formular una pregunta?

—Desde luego, Alex.

—¿No habrá complicaciones, digamos interplanetarias, por lo ocurrido hace unos días?

Azurya se irguió.

—Todo lo que sucedió fue en mi planeta y nadie tiene derecho a reprocharme nada por ejercer mi autoridad en él, no sólo para defender mis derechos, sino para buscar el mayor beneficio para mi pueblo —contestó orgullosamente.

—Lo celebro, Majestad.

—Alex, en lo sucesivo tendrás que llamarme de un modo más familiar. Prima Azurya, por ejemplo.

Kartner arqueó las cejas.

—¿Prima...?

Felicia entró en aquel instante en la sala privada donde tenía lugar la entrevista.

—Si me aceptas por esposa, claro —sonrió.

Kartner se volvió y la contempló durante unos instantes.

—No me atrevía a pedir tu mano —se disculpó.

—Concedida —afirmó Azurya.

—Los familiares de la reina no se pueden casar sin su permiso —dijo Felicia.

Kartner rodeó con un brazo la esbelta cintura de la joven.

—Gracias, prima —murmuró.

Azurya se puso en pie y salió, dejándolos solos. Kartner aprovechó la ocasión para besar largamente a su futura esposa.

Luego se acercaron a una ventana. Azurya paseaba por el jardín de palacio, acompañada de un hombre.

Azurya lanzó de pronto una carcajada.

—Parece que el chiste que ha dicho mi amigo Hugo le ha hecho mucha gracia —comentó el joven.

—Hay algo más —dijo Felicia.

—¿Sí?

—A mi prima le agrada mucho tu amigo. Los dos son solteros, de modo que imagínate cómo acabarán.

—Pero, ¿puede una reina…?

—Las leyes de Neryd no lo impiden, Alex.

—Bueno, me alegro por los dos…, pero más me alegro por ti y por mí —sonrió Kartner—, Nuestra luna de miel será el viaje de vuelta a la Tierra. ¿Te parece bien?

—A mí siempre me parecerá bien todo lo que disponga mi esposo —respondió Felicia cálidamente.

FIN